

132

Fr. Conrado Muñoz Saenz.

SIMI LA HEBREA.

RELATO HISTÓRICO.

v  
vil

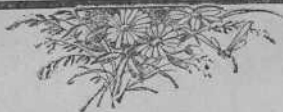
FR. CONRADO MUIÑOS SAENZ.

---

DGCL  
A



SIMI LA HEBREA.



T. 171160  
C. 1222113



# San la Pelea



RELATO HISTÓRICO

POR EL R. P.

Fr. Conrado Muños

Saenz,

AGUSTINIANO.

ILUSTRACIONES DE HUERTA.—FOTOGRAFADOS DE GAVIRIA.



VALLADOLID:

Imprenta, Heliografía, Taller de Foto-grabado y Librería  
DE LUIS N. DE GAVIRIA,  
ANGUSTIAS, I Y SAN BLAS, 7.

1891



R. 137421



# GUNZALLA ALURDA

I.



A la sombra del pabellón inglés que para ignominia nuestra ondea en ese pedazo de tierra española llamado Gibraltar, vivía á principios de nuestro siglo una familia hebrea, acaudalada, noble y de gran autoridad y representación entre los de su raza. Jacob Coens, que así

se llamaba el rabino cabeza de la familia, era oriundo de los antiguos judíos españoles, descendiente de la tribu de Leví, y como tal, sacerdote en la sinagoga de Gibraltar. A pesar de la obstinación judaica, que en él llegaba hasta un grado exaltadísimo de fanatismo contra la religión cristiana, era Jacob hombre de recto corazón y sentimientos naturalmente piadosos, temeroso de Dios, caritativo con los pobres, exacto observador de la ley de Moisés y amante esposo de la también israelita Ester Leví, no menos sincera y puntual observadora de los preceptos mosaicos, ni menos dotada de hermosos sentimientos. Tranquilos vivían ambos esposos, saboreando la dicha que les sonreía con el anuncio de próxima sucesión, cuando una inmensa desgracia vino á llenar de dolor el alma del buen israelita. Ester perdió la existencia pocos momentos después de darla á una preciosa niña. La pobre madre tomó en sus brazos al expirar aquel pedazo de sus entrañas, y después de estampar en su frente el primero y último beso, alzó los ojos al cielo exclamando con fervor:



—Dios de nuestros padres: si la hija de mi alma no ha de ser buena, haced que muera conmigo.

El dolor inmenso de Jacob encontró algún lenitivo en la preciosa niña que el cielo le regalaba, en quien cifró todas sus esperanzas y sus amores, y á cuya educación se dedicó con paternal esmero. A medida que la niña crecía, aumentaba el embeleso de su padre, que miraba reproducirse en ella, realzados por los encantos de la inocencia, las bellas facciones y los dulces sentimientos de la infortunada Ester. A la edad de siete años era Simi, que así se llamaba la tierna criatura, una encantadora niña, de negrísimos y brillantes ojos, negras y lustrosas matas de pelo, tez morena y encarnada, llena de esa belleza enérgica y meridional que distingue á la raza hebrea, y de que había sido su madre acabadísimo tipo. Guardábala su padre como el avaro guarda su tesoro, y á medida que en ella iban despuntando los primeros destellos de la razón, iba haciéndose más estrecho el encerramiento á que la condenaba, temeroso de que el roce con

cristianos *pervirtiera* (así decía el obcecado judío) su inteligencia y su corazón. Tenía, además del odio general del pueblo judío al nombre cristiano, razones particulares para obrar así. El ama de leche de la niña había sido una piadosa mujer cristiana, y cuando el judío separó de su lado á Simi á los cuatro años, la niña estaba acostumbrada á las prácticas cristianas que la buena mujer le enseñó. Tanto trabajó el judío por hacérselas olvidar, que al fin lo consiguió, obligando juntamente á la niña á hablar en inglés y olvidar el castellano, con lo cual creía la aseguraba del *contagio*. Jacob no contaba con que no hay puerta cerrada para la gracia divina.

Los vagos y aislados recuerdos que señalan en nosotros el despertar de la vida encierran no sé qué misterioso encanto, tanto más poderoso cuanto con más vaguedad se conservan grabados en la memoria. Parecen puntos luminosos que brillan un instante en un cielo de tinieblas, momentos de vigilia en medio de un sueño profundo, que aparecen aislados, confusos, lejanos, como si fueran reminiscencias de

una existencia anterior, envueltos como en las nubes de que rodeaba Murillo sus divinas Concepciones. Todos conservamos y acariciamos alguno de estos encantadores recuerdos: ya es un risueño vallecito poblado de margaritas, ó la abrupta montaña de gigantescos peñascos; ora la ermita campestre donde sonríe amorosa la Virgen tutelar de la comarca, ó la grandiosa catedral gótica con sus filigranas y sus esculturas y sus vidrieras de colores; y parece que el sol era más puro, y la luz más diáfana, y el ambiente más fresco, y más intensos los aromas y los sonidos más dulces, y todo, en fin, más sonriente y más encantador. Así á lo menos se me representa á mí (y vaya un rasgo de *subjetivismo*, como hoy se dice) el primer recuerdo de mi vida: un cielo puro y brillante, un sol espléndido, un campo inmenso, y mucho ruido, y muchos cohetes y mucho volteo de campanas, y muchos soldados y muchos cascos relucientes como el oro bruñido. Yo no sé ni recuerdo más; pero me lisonjea el pensar, movido por la explicación de mis padres, que mi primer

recuerdo de niño se refiere acaso á la fecha más hermosa de la historia de España desde el 2 de Mayo acá, á la vuelta del ejército vencedor de la campaña de Marruecos.

Así también guardaba Simi confuso tropel de ideas inconnexas, sueltas y quizá disparatadas; pero risueñas y dulces, aprendidas entre besos y caricias, y sonaban en sus oídos lejanas y solemnes notas de órgano, y percibía emanaciones de incienso, y advertía que sus dedos, instintivamente y sin darse la razón de ello, acudían á su frente, y luego á sus labios y después á su pecho trazando siempre el mismo signo, que no comprendía, el signo de la cruz. ¿Cuándo, dónde, cómo había aprendido todo aquello? No lo sabía: el rostro de su padre, de ordinario amable y sonriente para ella, se tornaba hosco y ceñudo cuando inadvertidamente hacía en su presencia aquellas señales con los dedos, y la reñía ásperamente diciéndole que era pecado.

—¡Pecado!—pensaba la niña:—¿y por qué?

Y no sabía darse respuesta; pero con su lógica infantil deducía que su padre no se lo había enseñado. Y entonces surgía en su memoria la imagen de una mujer que la besaba en otro tiempo, y la llamaba hija, y la quería tanto, tanto!... Hacía mucho tiempo que ya no veía á aquella mujer, y cuando se la recordaba á su padre preguntándole quién era, su padre volvía á reñirla y le hablaba nuevamente de pecados. Con lo cual, la pobre Simi, que por el aislamiento en que su padre la tenía no podía preguntar á nadie la explicación de tantos misterios, contemplábalos embebecida á sus solas, lejos de la vigilancia del austero Jacob, á quien no se atrevía á confiarlos, temerosa de que condenase como otros tantos pecados aquellas dulces memorias que la encantaban. Sentada en las rodillas de su padre, y entretejiendo los dedos en su poblada y luenga barba, escuchaba la inocente niña la explicación de la ley y de los preceptos del legislador hebreo. Sonábale muy bien todo aquello de amar á Dios y al prójimo, venerar á los padres, socorrer á los pobres, visitar á los

enfermos y consolar á los desgraciados; pero ella había oído algo más bello y más dulce, aunque no sabía qué, y en las palabras de su padre, buenas y todo, había una sequedad, una dureza... un no sé qué, que no hartaba su corazón. Y brotaban entonces sus dulces recuerdos, y sus negros y brillantes ojos permanecían inmóviles, y sus dedos se deslizaban suavemente de la barba de Jacob y con irresistible impulso empezaban á trazar en la frente el misterioso signo, cuando... un áspero grito y un manotazo de su padre la volvían á la realidad, temblando y llorosa. ¡Pobre niña!

He dicho ya que entre las buenas cualidades de Jacob tenía una rarísima entre los de su raza: el ser limosnero. Deseoso de comunicar á su hija esta hermosa virtud, solía poner en manos de la niña la limosna, y esta fué la ocasión que Simi aprovechó para explicarse sin pretenderlo sus misteriosas memorias. La primera vez que esto ocurrió era un día de invierno en que llovía mucho y hacía mucho frío... Rebozada en miserables andrajos y apo-

yando en un báculo el cuerpo inclinado por la vejez, llamó una pobre anciana á la puerta del judío pidiendo una limosna.



por amor de Dios. Suelta y ligera como una ardilla bajó Simi la escalera y entregó á la anciana un pedazo de pan.

—¡Qué hermosa eres, hija mía!—le dijo

la anciana;—Dios y la Virgen santísima te lo paguen y te conserven tan buena y tan hermosa!

*¡La Virgen!* aquella palabra fué como una revelación para Simi, cuyo corazón dió un salto de gozo, y á cuya mente acudieron en tropel aquellos dulces recuerdos que tanto la perseguían.

—*¡La Virgen!*—pensaba la niña.—Yo he oído hablar de la Virgen!... No sé cuándo ni á quién!... Yo no sé lo que es la Virgen...; pero era una cosa... así... muy dulce, muy bonita... una cosa... ¡qué sé yo!... así... como tener madre!

Y allá confusa é indecisa se dibujaba en su imaginación una figura de mujer blanca y hermosa, vestida de blanca túnica y manto azul celeste, cruzadas las manos delante del pecho, la mirada fija en el cielo, rodeada de risueños niños con alitas en la espalda, y cercada de esplendores y luces. Ella no sabía explicarse por qué aquella expresión le excitaba tal recuerdo, ni sabía si entre la expresión y la imagen existía alguna relación, porque lo que á ella le sucedía no podía expresarse con palabras.



—¡Jesús!—exclamó la anciana que no comprendía la suspensión de la criatura: —parece que estás triste, hermosa niña.

Nuevo salto del corazón de Simi, y nueva avenida de dulcísimas memorias. *Jesús* había dicho la anciana, y también había oído esa palabra, también le sonaba á algo muy tierno, muy dulce y muy bonito, y también entonces se estampaba en su imaginación con la misma encantadora vaguedad la figura de un lindísimo niño de ojos negros y sonrientes labios, con un brazo echado al cuello de una mujer hermosísima, sosteniendo con el otro una bola, y rodeada la cabeza de resplandores. Simi quiso preguntar á la anciana la significación de aquellas expresiones; mas la pobre no la entendía, porque la niña le hablaba en inglés, y en lugar de contestarle exclamó santiguándose:

—¡Ave María Purísima, si no sabe cristiano esta niña!... ¡Lástima, hija mía, que siendo tan linda y tan buena, no seas cristiana!

Simi clavó sus negros ojos en el rostro de la anciana, como si le quisiera adivinar

el pensamiento. ¡Le había oído en un momento pronunciar nombres que le sonaban tan bien! La Virgen, Jesús, María!... ¿Qué desconocido encanto tenían para ella tales nombres, cuya significación ignoraba?... Además había hecho con los dedos el mismo signo misterioso que tantas veces le reprendió su padre... ¿Era aquella mujer una maga, una aparición, que parecía adivinarle los pensamientos?... Por otra parte lamentaba que la niña no fuese cristiana... ¡Cristiana!... ¡Nombre que su padre pronunciaba con horror!...

Reuniendo sus recuerdos de la lengua castellana, hizo la niña un esfuerzo, y sostuvo muy dificultosamente el siguiente diálogo con la anciana:

—¿Qué cosa es la Virgen?

—La Virgen, hija mía, es nuestra santísima Madre.

—¡Cómo!...—exclamó asombrada Simi, —V., tan anciana, todavía tiene madre?

Sonrióse la mujer de la inocente pregunta, y respondió:

—Ella es la madre de Dios y de todos los cristianos.

—¡Ah!... todos los cristianos tienen madre, y yo no la tengo!

—Sí, hija mía; la tienes, que la Virgen es madre de todos los hombres.

—¿De todos, de todos?

—De todos sin excepción.

—¿De los judíos también?

—También de los judíos.

—¿Y la ven los cristianos?

—La ven en sus imágenes y la verán en el cielo si son buenos.

—¿Y también los judíos?

—Los judíos no la ven, porque son malos hijos que no la quieren por madre.

—Yo quisiera verla.

—Pues hazte cristiana.

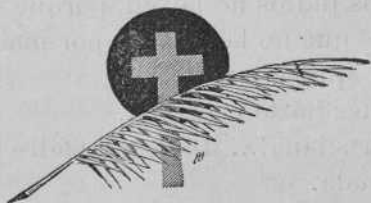
—¡Cristiana!... Dice mi padre que eso es ser mala.

—Eso, hermosa niña, es querer mucho á Jesús y María.

La voz enérgica de Jacob, que sospechando algo por la tardanza de la niña, se había acercado á escuchar, interrumpió la conversación. Simi subió la escalera temblando al ver el ceño nubladísimo de su padre, que la reprendió con más aspereza

que nunca, y le habló como nunca de *pecados*. Calló la pobre criatura; pero en su interior escuchaba una voz que le decía:

—¡Pecado!... ¿Y por qué ha de ser pecado el desear tener madre?



---

## II.



La preocupación constante de Jacob de aislar cada vez más á su niña del roce con los cristianos llegaba á un grado de exa-

geración inconcebible. Él solo no se podía valer con ella, porque las ocupaciones domésticas, además de ser en gran parte im-

propias de la gente de pantalón (ó de calzón, para acomodar el lenguaje á la época de mi relato), eran incompatibles con sus ocupaciones como sacerdote de la sinagoga. Necesitaba, pues, una mujer que arreglase la casa y cuidase de Simi, arduo problema que traía constantemente preocupado al judío. ¿Se casaría? Quería demasiado á la niña para exponerla á caer en manos de una madrastra cuyos hechos correspondiesen á la fama de que las tales gozan, justa ó injustamente, que de todo hay, y no he de meterme á ventilar ese punto, por no sentir vocación para abogado de causas perdidas. Al renunciar con horror á tal idea, no tenía más remedio que buscar criada, y esto ofrecía no leves inconvenientes, pues las familias hebreas de Gibraltar estaban todas bien acomodadas y ninguno de sus miembros se prestaba á semejante destino. Jacob fué sucesivamente recibiendo criadas y despidiéndolas apenas la niña iba tomándoles cariño; pero al fin se convenció de que tal procedimiento ofrecía no menos graves inconvenientes. En efecto, la casa andaba poco

menos que trastornada, y casi abandonada la niña con el continuo cambio de criadas, de las cuales la una deshacía lo que hacía la anterior, y á mayor abundamiento, la fama del judío como amo insoportable se iba extendiendo de tal modo, que á cada nueva sirviente despedida aumentaba la dificultad de encontrar otra. Entonces volvió á pensar en casarse; pero lucharon de nuevo en su corazón el afecto paternal y el fanatismo religioso, y el judío fué vencido por el padre.

Á esta circunstancia debió su entrada en la custodiada fortaleza, una jovencita de diez y ocho años, admitida por el judío en clase de criada, con el carácter ya de definitiva, pues no quería de nuevo arriesgarse á los inconvenientes y peligros de las continuas mudanzas. Dolores, pues tal era el nombre de la doncella, era una jovencita pálida, ojerosa, tímida y modesta, en cuyo semblante demacrado habían impreso honda huella los padecimientos físicos y morales. Había perdido á sus padres á los doce años, y sola en el mundo sin tener á quien volver los ojos, vivió la po-

bre niña, unas veces á merced de personas caritativas que temporalmente la amparaban, otras pidiendo limosna de puerta en puerta. Dolores era en realidad hermosa, pero los padecimientos habían ajado su hermosura: sus brillantes ojos negros indicaban inteligencia; pero la costumbre de ver siempre en su derredor caras extrañas, les había dado esa expresión asustadiza del salvaje, suavizada por la del dolor y la resignación cristiana. La penetración del judío descubrió bien pronto en ella la timidez, y era precisamente lo que buscaba. En la precisión de elegir una sirviente cristiana, queríala tal que temblase en su presencia y no osase contravenir á sus órdenes de no hablar á la niña absolutamente nada relacionado con el cristianismo. En estas condiciones, sancionadas con terribles amenazas, ofreció á la joven su protección y ayuda, que la pobre Dolores aceptó como un beneficio del cielo.

Apenas entró en la casa del judío Dolores, que era naturalmente despejada y poseía el instinto de la limpieza, aquello parecía otra cosa: donde ella ponía la ma-



no parecía que las cosas se ordenaban por sí mismas: todo lo volvió de arriba abajo, todo lo arregló, lo limpió y lo bruñó, y el judío vió con satisfacción que su casa estaba como una tacita de plata y la niña limpia y arregladita como un pino de oro, y que Dolores seguía siendo la tímida niña que temblando se le acercaba antes para pedirle limosna; á pesar de lo cual, y para seguridad mayor, no omitía refrescarle con frecuencia la memoria con el recuerdo de sus condiciones y amenazas.

¡Vanas precauciones! Como Dolores era por naturaleza cariñosa y dulce, y la misma falta de expansión que en su alma había experimentado, la obligaba á buscar cariño, le tomó ardentísimo por la inocente niña, que á su vez le correspondió con el suyo, no menos tierno y ardiente. Simi, que veía su existencia rodeada de misterios, trató no pocas veces de averiguar si Dolores le daría alguna luz: le preguntó por la Virgen, por todas aquellas ideas sueltas que ella, recogiendo frases de aquí y de allá, había ido coordinando á su modo; pero Dolores se encerraba en profundo

silencio, ó dirigía á la niña con más intensidad que nunca una de las dulces miradas que le eran peculiares, y volvía luego el rostro para ocultar una lágrima. Simi buscaba la explicación de un misterio y se encontraba con otro. ¿Por qué lloraba Dolores? Ella nunca le reprendió como pecado el hablar de la Virgen: no era, pues, eso lo que causaba su llanto. Y al pensar en esto recordaba también que algunas veces al acariciar á la niña, había la buena Dolores ahogado en la garganta ciertas exclamaciones... Esto sucedía con frecuencia en los primeros años, y cuando era delante de Jacob, notó la niña que no sólo ahogaba Dolores el grito, sino que suspendía rápidamente las caricias, y bajaba el rostro temblando ante una terrible mirada del severo israelita. Aquellas exclamaciones interrumpidas, ¿serían las mismas que había oído á la pobrecita anciana y tan bien le habían sonado? Ciertos movimientos rápidamente suspendidos que sorprendió más de una vez en Dolores, ¿serían aquella señal de las manos que su padre tan severamente le reprendía? En una pa-

labra: ¿sería cristiana Dolores? La verdad era que nunca la veía en la sinagoga, y sin embargo era buena y rezaba mucho á sus solas...

En estas perplejidades de la niña pasaron algunos años, hasta que llegó á los diez de su edad. Simi, cuya precocidad era la admiración de la colonia judía, únicas visitas que le permitía su padre, era á la sazón, no ya una niña, sino una joven por el maravilloso despejo de su inteligencia y la exquisita sensibilidad de su corazón. El continuo pensar sobre los misteriosos recuerdos de su alma, la misma reconcentración á que para saborearlos tuvo que reducirse, produjeron en ella un hábito de reflexión y una delicadeza de sentimiento superiores á sus años. Mediaba en ello algo más que causas puramente naturales; había mucho de la divina gracia cuyas propiedades son ilustrar el entendimiento é inflamar la voluntad, y que, según la frase de la Escritura, *da inteligencia á los niños*.

Aunque aquellas suspensiones de exclamaciones y de actos no eran ya tan frecuentes, seguía encontrando misterios en

la conducta y palabras de Dolores. Había advertido particularmente la niña que la buena doncella guardaba con especial esmero en su cuarto, dentro de una cajita de madera, un objeto blanco, que ella le había visto sacar y besar con veneración, y que escondió precipitadamente cuantas veces la sorprendió en aquel acto. La curiosidad, tan natural y punzante en las mujeres, y más en las niñas, y más aún cuando va sazónada con el atractivo del misterio, movió á Simi á acechar una ocasión de averiguar el secreto, y ésta llegó al fin un día en que Dolores había salido y dejado descuidadamente la llave de su cuarto en la cerradura. Simi se hallaba sola en la casa: su padre estaba ocupado aquella tarde en la sinagoga. Trémula y palpitante de emoción; pero como arrastrada por secreto é invencible impulso, á despecho de cierto escozor de la conciencia, entró Simi en el cuarto de Dolores, de puntillas y con el dedo en los labios como si á sí misma quisiera imponerse silencio. Sobre una silla y al lado de la cama estaba la tentadora cajita. Tomóla en las manos,

vaciló un momento, dirigió rápidamente una mirada recelosa á la puerta, y abrió la caja. El objeto blanco era un pañuelo. Pero aquel no podía ser un pañuelo ordinario: algún misterio encerraba, y quizá tan relacionado con los de Dolores y los suyos, que acaso con descubrirle quedasen descubiertos todos. Las manos de Simi temblaban al deshacer los limpios y esmerados pliegues, su respiración era fatigosa y el corazón le daba recios golpes en el pecho. Desplegó el pañuelo, que tenía una ancha orla



negra, y en una de cuyas esquinas, primorosamente bordado con hilo encarnado, advirtió la niña un escudo. Era un corazón atravesado con siete espadas, del cual se desprendían algunas gotas de sangre. ¿Qué significaba aquél símbolo? Simi no

sabía responder; pero instintivamente comprendió que había sorprendido un hilo por donde acaso podría desenredar la madeja, y resuelta á obligar á Dolores á darle explicaciones, guardó el pañuelo y se retiró á su habitación.

La habitación de Simi era un lindo cuartito escogido con predilección por su padre y primorosamente adornado por Dolores. Había allí todos los minuciosos muebles y cachivaches propios de la habitación de una suntuosa y mimada señorita de principios de este siglo: rica mesa de nogal primorosamente tallada á la antigua, jarrones con flores artificiales, cuadros del Antiguo Testamento debidos al pincel de afamados artistas, riquísimas alfombras, y algunos libros en lujoso estante de palo santo. Jacob había querido encerrar á su niña, para hacerle la prisión menos penosa, en una lindísima jaula, como la que en el centro del cuarto encerraba en sus dorados alambres al jilguero predilecto de Simi. Desde el balcón, por cuyos barrotes trepaban hermosas enredaderas y cuya repisa adornaban macetas de

flores, veía Simi todas las tardes esconderse majestuosamente el sol allá tras las olas del mar Mediterráneo. Era un espectáculo grandioso que embelesaba á la niña, que elevaba su pensamiento á Dios, y sin saber por qué, volvía á traerle á la memoria aquellos sus dulces y misteriosos recuerdos.

Sentada en lujoso escabel de caoba, leía la niña con visible disgusto un libro religioso.

—Sí,—decía;—es muy bueno esto de amar á Dios, esto de honrar á los padres y esto de dar limosna; pero aquí no se me habla sino de un Dios terrible que vibra rayos y centellas, y yo quisiera verle más accesible, más amoroso. Aquí se nos predica odio á los cristianos, y yo quisiera no odiar á nadie, yo quisiera amar á todo el mundo. Aquí hay una dureza, una sequedad que no llena mi corazón, porque yo he oído algo más suave y más dulce. Aquí falta... no sé qué; pero algo falta, algo que yo siento dentro de mí sin poder definirlo; algo que yo daría mi vida por poseer. ¡Dolores, Dolores! Esa debe de sa-

berlo, y si lo sabe, ¿por qué no me lo dice? Mi padre se lo habrá prohibido, es verdad...

Y aquí la niña se perdía en vagas conjeturas y estallaba en su corazón terrible lucha entre el respeto á la autoridad paterna y el secreto, irresistible impulso que la arrastraba. En lo más recio de esta lucha se encontraba, cuando vió venir á Dolores, pálida y llorosa. Al instante comprendió la causa de la turbación de Dolores, y un vivo carmín tiñó sus mejillas. La criada comprendió á su vez, y tratando de disimular, fingió una sonrisa y dijo:

—Ea, Simi; dámele y no seas trastuela.

La niña no supo negar su inocente travesura; pero se acercó á su vez risueña á la criada, y con el pañuelo en la mano y mostrándole el escudo, le dijo:

—No te le doy si no me dices qué es esto.

—¿Curiosita y todo? Simi, ese es un gran defecto en las niñas.

—¡Dolores!... por Dios!...—exclamó Simi, cambiando repentinamente su forzada sonrisa en abundantes lágrimas.—Dolo-



res!... ¡por lo que más ames en el mundo!... sácame de esta ansiedad que me devora!... Yo veo misterios por todas partes!... Yo siento una fuerza irresistible que me inclina á descifrarlos, y oigo una voz que me dice que tú puedes hacerlo... y otra me dice que aquí, aquí hay algo de lo que yo busco!

—¡Ja ja ja!—exclamó con forzada risa Dolores;—tú vas á volverte loca, niña mía, si sigues así.

—No, Dolores: este pañuelo encierra para tí algún misterio, y esta cifra...

—¿Sabes tú si tengo novio y es un regalo que á tí nada te importa? ¡Curiosilla!

—No te sonrías, Dolores, que la sonrisa no pega ahora bien en tus labios, porque la desmienten los ojos. Tú amas este pañuelo de una manera especial, como se aman las cosas santas... No me lo niegues, Dolores!... Te le he visto besar con lágrimas en los ojos, como esas que derramas ahora. ¿También me lo negarás?

En efecto, los ojos de Dolores, que desmentían las violentas sonrisas de sus labios, se habían ido llenando de lágrimas,

que al fin saltaron á pesar de sus esfuerzos. La niña pronunció las últimas palabras asiéndose de la mano de Dolores para apartársela del rostro que trataba de ocultar. Dolores hizo un movimiento como quien toma una resolución; pero luego se estremeció, dirigió á la niña una de sus dulces miradas con más timidez que nunca, y respondió con cierta cortedad:

—Estoy llorando, sí; no te lo niego; porque ese pañuelo es el único recuerdo que guardo de mi pobrecita madre!

—¡De tu madre!... guárdale entonces, Dolores, guárdale: ¡que es tan dulce pensar en la madre!... ¡Dolores, yo no he conocido á la mía!...

Y la pobre niña dejó caer desmayada la frente sobre el pecho de Dolores y se abrazó á ella llorando. La criada volvió á entreabrir los labios como queriendo decir algo; pero no pronunció más palabras que las siguientes:

—¡Si tú, Simi!...

Y calló de nuevo temblorosa y dirigiendo á su alrededor miradas llenas de espanto.

—¿Qué ibas á decirme?—preguntó Simi con ansiedad.

—Nada, nada: no puedo decirte nada.

—Sí, Dolores; sí; es preciso que me lo digas, es preciso que me saques de esta angustia insoportable... Ese escudo es un símbolo cristiano: Dolores, tú eres cristiana!

—¡Simi, por Dios, habla bajo!

—Eres cristiana, Dolores,—añadió con voz más recatada la niña,—y quiero que me expliques lo que es ser cristiano, porque si es lo que yo siento aquí, aquí en mi corazón; si es algo de que yo guardo confusas, pero dulcísimas memorias; si es eso, Dolores, yo seré cristiana también... ¡Dolores, Dolores!... Yo he oído hablar de la Virgen, yo he oído decir que es madre de todos los hombres, y su nombre va unido en mi alma con ideas mal formuladas, pero hermosísimas, y que á mi pesar me atraen... ¡Háblame de la Virgen; dime si puedo tener esperanza, yo que no he conocido á mi madre, si puedo dirigir á alguien estas hermosas palabras: *¡Madre mia!*... Hambre tengo de pronunciarlas,

Dolores, porque me sabrían á gloria. Cuando las oigo en los labios de alguna pobre andrajosa, cambiaría mi posición por la suya á trueque de tener madre!... Dolores, por Dios, háblame de la Virgen!...

—¡Pero tu padre, Simi!...—exclamó Dolores llorando.

—¡Mi padre!... ¡Dios mío!...—respondió la niña palideciendo. Y cayendo como desfallecida en el escabel, ocultó el rostro entre sus hermosas manos, y así permaneció breve rato llorando en silencio. Dolores la contemplaba de pie, inmóvil, llorando también de compasión. Al fin, Simi, se levantó resuelta, y tomando la mano de la criada, le dijo llena de terrible angustia:

—Sólo una palabra, Dolores, y si me dices que no, no vuelvo á preguntarte más... Pero por Dios, por la memoria de tu madre, por todo lo que más quieras, dime la verdad; ten compasión de mí, Dolores mía... ¿Eres cristiana?

La criada vaciló.

—Por Dios, Dolores, por la Virgen, si es que la amas, dímelo.

—¿Tendrás prudencia para callar, si tu padre?...

—La tendré. Te lo aseguro por lo que más amo.

—Soy cristiana.

—¡Ah!...—exclamó Simi radiante de júbilo que rebosaba en sus ojos llenos de lágrimas:—Entonces no es verdad que los cristianos son malos, porque tú eres buena, Dolores!... Háblame de la Virgen! ¡Por ella te lo pido!...

—Pero advierte, hija mía, que tu padre...

—¡Mi padre!... ¡Tienes razón!... Yo debo obedecer á mi padre.

Y volvió á caer desfallecida en su asiento llorando en silencio nuevamente. La lucha que agitaba su espíritu era tan terrible, que la obligó á exclamar:

—¡Dios mío, Dios mío!... Yo no puedo más!... Si es tuyo este impulso que siento, dame valor para resistir á mi padre.

Luego levantó el rostro, y mirando á Dolores, vió que sus labios se movían.

—¿Rezas, Dolores?—preguntó.

—Rezo á la Virgen por tí.



—Reza, sí, reza, mi querida Dolores; pídele á Dios que tenga compasión de mí. Dime sólo una cosa. ¿Amas mucho á la Virgen?

—Como á la madre de mi corazón.

—¡Como á tu madre!

—Ella lo ha sido siempre para mí; pero especialmente desde que murió la que me dió el sér.

—¡Qué dichosa eres, Dolores!... ¿Por qué no he de serlo yo también?... ¿Por qué yo no he de poder llamarla madre?

Lloraba con tal amargura la pobre niña, que compadecida Dolores, tomó al fin una resolución, y acercando el escudo bordado del pañuelo á los rosados labios de Simi, le dijo:

—Besa: ella que es buena te escuchará.

—¿Esto es algo de la Virgen?

—Es el escudo de la Virgen de los Dolores, *Madre de los Afligidos*.

Simi estrechó febrilmente el pañuelo entre sus dedos crispados, y estampó en el escudo interminables besos, diciendo:

—¡Ah!... entonces también lo es mía!... ¡Madre de mi alma!...

Luego serenándose un poco, añadió:

—Perdóname, Dolores, si aún te hago otra pregunta. No entiendo eso de la *Virgen de los Dolores*. Sólo te pido ya que me lo expliques.

—La explicación está en el escudo. ¿Ves esas siete espadas? Son los siete dolores que por nuestro amor padeció la Santísima Virgen.

—¡Por *nuestro* amor!... ¿También por mí?

—Por tí también.

—Explicame ese escudo y no te pregunto más, Dolores mía.

—Oye, Simi: siempre he lamentado la desgracia de que siendo tú tan buena no fueses cristiana... Yo, que tenía severa prohibición de tu padre, nunca quise hablarte nada ni responder á tus preguntas: temía además que, como niña, lo descubrieses, y por eso callaba; pero lloraba en silencio y rogaba mucho á la Virgen por tí.

—¡Qué buena eres!

—Pero ahora veo que Dios te llama, que la Virgen te quiere para hija suya...

—¡Dolores, por Dios, no me mates de alegría!

—¿No sientes, mi querida Simi, como algo que te atrae, que á tu pesar te roba el corazón, y á lo cual, aunque quieras, no puedes resistir?



—Sí: he luchado cuanto he podido por obedecer á mi padre, y... no puedo más!

—Eso es la voz de la Virgen que te llama, y tú debes antes escuchar la voz de Dios que la de tu padre, y yo, á quien Dios ha colocado junto á tí, debo emplear lo poco que sé y puedo en allanarte el camino...



¡Simi!... ha llegado la hora de escuchar la voz de Dios: ha llegado la hora de acogerte bajo el manto de la Virgen...

—¡Ah!... me querrá por hija!

—Es tan buena, que por tales recibe á cuantos se le acercan.

—¡Oh! ¡hermana mía!—exclamó Simi abrazándose estrechamente á Dolores.

—Sosiégate, querida Simi, que si ha llegado la hora de Dios, se acerca también la de las terribles pruebas y quizá de los dolorosos sacrificios... No eres ya una niña que no comprenda la gravedad de ciertas cosas... Es preciso mucha prudencia... Es preciso que tu padre no sepa nada hasta que no haya otro remedio.

—Tienes razón, Dolores: yo debo ahorrar disgustos á mi padre en cuanto pueda.

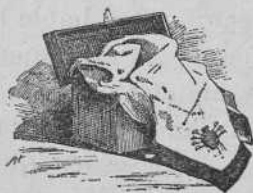
—Pues bien: no se hable hoy más del asunto: mañana si Dios quiere, satisfaré tus deseos y empezaré con la explicación del escudo. La conversación te ha agitado demasiado, y es necesario que te serenes un poco para que no advierta nada tu padre, que no tardará en volver de la Sinagoga. Hasta mañana, Simi.

—Llámame hermana, Dolores, ¡que es tan dulce ese nombre!...

—Hermanos nos llamamos los cristianos. Adiós, hermana mía.

Salió Dolores, y Simi se asomó al balcón para aspirar el aura fresca de la marina y templar el ardor que había encendido sus mejillas. Estaba más hermosa que nunca. Tendió la vista al mar tranquilo y sereno como una superficie de plata bruñida y aspiró con delicia la brisa de la tarde. El sol se ocultó majestuosamente tras de las olas, y Simi le siguió con angustiosa mirada, como diciéndole:

—Vuelve pronto!



---

### III.



Aquella noche no pudo Simi sosegar. Al acostarse hizo ya con toda reflexión la señal de la cruz é invocó fervorosamente el auxilio de la Virgen. La ansiedad en que se agitaba su espíritu y la excitación nerviosa que le causó la escena de la tarde suscitaban en su imaginación

confuso tropel de imágenes, entre las cuales las había risueñas y terribles. Cuando embebecida contemplaba el dulcísimo rostro del niño Jesús que le sonreía y le tendía los brazos, ó la apacible y blanca figura de la Virgen que le dirigía dulce y compasiva mirada, surgía á lo mejor entre las dos el barbudo rostro del judío, más sombrío y torvo que nunca. La niña lloraba y escondía entre las sábanas su hermosa cabeza.

Por fin llegó el momento tan esperado de Simi. El judío salió á sus quehaceres de la Sinagoga, y Dolores y la niña se reunieron en el gabinetito de Simi.

—¿Ves ese mar, que parece tan hermoso, Simi?—dijo Dolores como preámbulo de su explicación.—Pues yo no puedo mirarle sin que se me salten las lágrimas. En él, pasado el Estrecho, á la vuelta de esas montañas de la derecha, enfrente de un cabo que se llama Trafalgar, murió mi pobrecito padre. Yo tenía entonces doce años: mis padres me querían con todo su corazón y yo los quería con toda mi alma. Mi padre estaba sirviendo al rey en la mar, y

mi madre vivía de la costura, porque tenía para ello muy buenas manos. Una mañana se levantó mi padre muy triste, nos dió un beso á mi madre y á mí, y salió para la mar. Yo, inocente, que le había visto salir y volver muchas veces, no comprendía por qué entonces iba tan triste y mi madre lloraba tanto; pero mi madre me dijo que iba á la guerra con el inglés, y que rezásemos mucho por él á la Virgen de los Dolores. Y todas las noches al acostarnos rezaba yo con mi madre una *Salve* á la Virgen de los Dolores para que nos volviese á mi pobrecito padre. Un día, Simi, oí un ruido espantoso de cañonazos, y ví allá lejos el mar cubierto de humo. Mi madre me cogió de la mano, y las dos nos pusimos de rodillas delante de un cuadro de la Virgen de los Dolores, rezando y llorando. Allí donde sonaban los cañonazos estaba mi padre. En todo el pueblo no se veía un alma ni se oía una voz, y el ruido de los cañones sonaba lejos, lejos, cada vez más recio y espantoso, y traspasaba mi alma y la de mi pobrecita madre. ¡Simi de mi alma! Al día siguiente supimos que la

armada española había sido deshecha por la inglesa y que había habido una mortandad horrible: al otro, vimos venir á algunos marinos tristes y macilentos. ¡Mi padre no venía con ellos, Simi! Les preguntábamos por él, y nos miraban tristemente sin respondernos. ¡Qué angustias más horribles padecimos mi madre y yo! ¡Y cuál no fué nuestra pena cuando un marino viejo, amigo de mi padre, se nos presentó llorando como un chiquillo! Nada nos dijo, Simi; pero en cuanto vió mi madre llorar á un hombre como aquel, que nunca había temblado delante de las balas ni de las tempestades, comprendió la inmensa desgracia que había caído sobre nosotros, y empezó á llorar á gritos. Mi padre había muerto en los brazos del viejo marino, atravesado el pecho por una bala!... No pudo hacer más que gritar:

—¡Valedme, Virgen bendita de los Dolores!

Luego, con las ansias de la agonía, sacó del bolsillo este pañuelo, besó este escudo bordado por mi madre, y entregó el pañuelo á su amigo con una mirada

llena de cariño. El marino venía á traernos el pañuelo como último recuerdo de mi padre.

¡Tú no puedes figurarte, Simi, lo que llorámos! Pero nunca se me olvidará que mi pobrecita madre me volvió á coger de la mano, y arrodillándonos de nuevo delante de la Virgen de los Dolores, dijo:

—Virgen bendita; tú, que sabes lo que es llorar, tú que has tenido á bien que nos parezcamos á tí en vernos solas y desamparadas, sé en adelante nuestro consuelo y amparo, y apiádate del alma de mi esposo.

Yo no sé qué fué, Simi; pero sentí como si se me quitase de encima del corazón un peso horrible. Al pensar en que la Virgen también había llorado, me parecía que tenía que tener compasión de nosotras: más aún; me parecía como si tuviese un título más para acercarme confiadamente á ella; parece que me inclinaba á mirarla como una hermana, como una madre.

Pero no pararon en esto mis desdichas. Mi pobre madre, que trabajaba sin descanso

en la costura para sustentarnos á ella y á mí, cayó enferma, y poco después también murió. Momentos antes de morir estrechó mi cabeza contra su pecho, se enjugó una lágrima con este mismo pañuelo, besó también este escudo, y me dijo:

—Hija de mi alma, vas á ser muy desgraciada... Pero en todas tus penas acuérdate de la Virgen de los Dolores, *Madre de los desamparados*... Toma este pañuelo y guárdale toda tu vida. En él estampó tu padre su último beso, y en él van muchas lágrimas y besos de tu madre. Si no tienes otra imagen, besa ese escudo de la Virgen, invócala con entera confianza, y ella, que es buena, te escuchará. La Virgen de los Dolores es desde ahora tu madre: ámala, hija de mi alma, como me amas á mí.

¡Cuánto he llorado, Simi, desde aquel día!... Pero en los momentos de mayor desconsuelo y soledad, ¡qué dulzura experimentaba en besar el escudo del pañuelo é invocar el nombre de la que con todo mi corazón llamaba *mi madre*, la Virgen bendita de los Dolores! Ella es, Simi, la que siempre me ha consolado y amparado; ella



ha sido mi verdadera madre... Si yo no hubiese conocido, como tú, á la Virgen, me hubiera muerto de dolor al verme sola en el mundo. Pero la conocía, y cada vez que pensaba en ella, decía:

—No, no estoy sola... La Virgen, que es mi madre, me ve y me ampara desde el cielo; y si lloro y padezco, eso ha de hacer que me ame más, porque así me parezco á ella, que también lloró y padeció... Porque la Virgen, Simi, padeció en este mundo por nosotros lo que nadie ha padecido, y por eso la queremos tanto los cristianos.

Y aquí Dolores, empezó á explicar á Simi la significación de las siete espadas que atravesaban el corazón del escudo, y á vueltas de ella los misterios de nuestra religión sobre la maternidad divina de María, y la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Simi, inclinada sobre las rodillas, clavados sus ojos negrísimos llenos de expresión en el rostro de Dolores, escuchaba con creciente interés el relato y la sencilla explicación de la criada. Cada incidente le arrancaba un grito de sorpresa

y de alegría, porque todas aquellas vagas ideas de la infancia se iban agolpando de nuevo á su imaginación, y fijándose, y colorándose, y engrandeciéndose y armonizándose con la relación de Dolores. Era una fascinación completa la que dominaba á la niña, y la embebecía, y la obligaba á exclamar llena de entusiasmo:

—¡Esto, esto es lo que yo buscaba... lo que yo tenía aquí, aquí en el corazón, y no lo entendía!

Cuando Dolores contó aquellas palabras, las más divinas—si vale la expresión—que brotaron de los labios de Jesús: *Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!*, el horror con que Simi escuchaba la tremenda escena del Calvario, narrada por la doncella con bíblica sencillez, se trocó en admiración rayana con el anonadamiento.

—Eso, eso,—exclamó;—eso quería yo, ni una palabra de odio para nadie: amor á todo el mundo, hasta á los que nos aborrecen... ¡Eso es lo que yo echo de menos en nuestras Sinagogas y en nuestros libros!..... ¡Dolores, Dolores!..... Quien dijo

eso en tal ocasión no podía ser malo!... Quien dijo eso la primera vez tenía que ser Dios!

Al concluir el relato, Simi, encantada, arrebatada de amor, transfigurada de dicha, pidió á Dolores que le enseñase á rezar como los cristianos. Dolores tendió su pañuelo sobre la mesa dejando descubierto el escudo,

único símbolo cristiano que le había permitido conservar el judío, y de rodillas las dos delante



de él, empezaron á rezar la *Salve*... No hay, para mi gusto, en toda la riquísima y bella liturgia de la Iglesia oración más hermosa que la *Salve*, y sobre todo la *Salve* en castellano. El *Padre nuestro* es grandioso, sublime; es la oración tal como la concibe Dios: el *Ave María* es bella y entusiasta; es la oración que hace un ángel: la *Salve*,

donde domina la nota tierna y melancólica, la dulce *nostalgia del cielo* que palpita en los versos de Fr. Luis de León, es la oración tal como solamente la puede concebir un poeta. Séase quien se fuere el que escribió la *Salve*, era sin duda poeta de primer orden, y poeta santo, porque sólo así se concibe tanta ternura, tan melancólica expresión, tanta poesía encerrada en tan breves y sencillas frases. El hábito de rezarla y oírla nos hace que apenas fijemos la atención en esta circunstancia; pero la *Salve*, oída la primera vez por una persona que piense y sienta, ha de producirle sin remedio profundísima impresión, sobre todo si tiene siquiera una chispa de amor á la Virgen.

Simi terminó la *Salve* llorando de dulcísima ternura, é hizo á Dolores que le repitiera veinte veces aquellas expresiones: *Reina y madre de misericordia, vida, dulzura, esperanza nuestra... A ti llamamos los desterrados hijos de Eva; á ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas..... Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos, y después de este*

*destierro muéstranos á Jesús... ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce siempre Virgen María!...*

—¡Qué hermoso, qué dulce es eso, Dolores!...—exclamaba Simi, en cuyo corazón caía cada una de aquellas expresiones como un rocío del cielo.—¡Qué dulce y qué tierno! Jamás he oído yo, hermana mía, lenguaje parecido en nuestra Sinagoga! Allí no se ven más que hombrones barbudos de sombría y triste mirada, que fulminan amenazas espantosas en nombre del Dios de las venganzas, y pronuncian execraciones y juran odio eterno contra el nombre cristiano... ¡Ni una palabra de dulzura y de cariño, Dolores!... ¡Ah!... eso, eso es lo que yo echaba de menos y lo que ya he encontrado: *Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura, esperanza nuestra!*... Dolores: yo soy cristiana; yo quiero tener por madre á la Virgen!... Seremos ya para siempre hermanas, ¿verdad?

—Sí, lo seremos, querida Simi.

—¡Hermana mía!... Tú me enseñarás lo que yo no sé, y aprenderé esas oraciones

tan dulces y tan hermosas que rezáis los cristianos, y juntas las rezaremos. Yo seré la hermanita pequeñita y tú la mayor, que has de llevarme de la mano.

—¡Simi!... Me vuelvo loca de alegría: la Virgen es quien ha hecho esto!

—La Virgen es ya mi madre, Dolores!... Oh, cómo se me ensancha el corazón al pensar que no estoy sola, que tengo á quien llamar *madre de misericordia!*

La conversación había durado aquella tarde más que la anterior, y del éxtasis en que se hallaban sumergidas la criada y la niña, vino á sacarles cuando menos lo esperaban el ruidoso y pausado taconear del judío al subir los escalones. Simi y Dolores se despidieron dándose un estrecho abrazo y el nombre de hermanas. ¡Qué sueño más tranquilo y más consolador tuvo aquella noche la niña! Todas las ideas que con la relación de Dolores habían ido tomando cuerpo y color en su fantasía, desfilaban sucesivamente por ella colmándola de placer. Veía al niño Jesús sonriente y bello tendiéndole los brazos como para estrecharla en ellos, y veíale luego

cubierto de sangre en una cruz exclamando: *¡Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen!* Veía luego á la Virgen mirarla con ojos compasivos y cariñosos, blanca, esbelta, radiante, llena de gloria y de esplendores, y luego la miraba al pie de la cruz, desfallecida y llorosa, con el ensangrentado cadáver de su hijo sobre las rodillas. Simi sonreía unas veces de felicidad y lloraba otras con dulcísimas lágrimas, y siempre vagaban por sus labios aquellas expresiones: *Madre de misericordia, vida, dulzura, esperanza nuestra!*

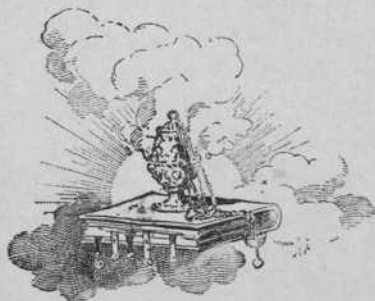
Desde aquel día se constituyó Dolores en maestra, en *hermana mayor* de la niña, que cada vez la escuchaba con mayor embeleso, y aprendió pronto la doctrina cristiana y las oraciones de la Iglesia. Sin más imagen que el escudo del pañuelo, las dos se arrodillaban delante de él y rezaban con fervor el rosario de María. Simi, no obstante, quería entrar alguna vez en una iglesia cristiana, y ver las imágenes de que tanto la hablaba Dolores, y de que ella guardaba confusas memorias. La ocasión se presentó un día en que su padre estaba

ausente de la ciudad, y Dolores y la niña no la desperdiciaron. Simi quedó encantada apenas puso los pies en el templo: una por una iba reconociendo las imágenes que ostentaban los altares: allí, entre el resplandor de las luces y el adorno de las flores descollaba aquella esbelta y graciosa figura que se pintaba en sus recuerdos de niña al oír nombrar á la Virgen; allí el niño Jesús con su atractiva sonrisa y cariñoso ademán; allí, representadas en lienzos y estatuas que parecían hablar, todas las escenas de la relación de Dolores. Su espíritu se dilataba, pareciale despertar de un sueño, y el respeto le ahogaba los gritos que pugnaban por estallar en su garganta. El humo del incienso extendiéndose en espirales por el templo llevó al olfato de la niña suavísimas emanaciones que también recordaba, y entre sus ondas le parecía ver á la Virgen transfigurada, aérea, como envuelta entre nubes del cielo. El órgano extendió también sus solemnes notas, que conmovieron hasta lo más hondo el alma de Simi. Todos los misterios de su espíritu se los explicó á la



vez, y de rodillas al lado de Dolores, embebida en un verdadero éxtasis celestial, lloró, lloró mucho, y juntó las manos, y mirando á la Virgen, que aún le parecía más hermosa al través de las lágrimas, murmuró millares de veces:

—¡Madre!... Madre de mi alma!... *Madre de misericordia, vida, dulzura, esperanza nuestra!*...





---

#### IV.



medida que con las explicaciones de Dolores se iba ensanchando el círculo de ideas y aclarándose las nubes de la inteligencia de Simi, crecía el embeleso con que la escuchaba la niña. Experimentaba una continuada serie de sorpresas al descubrir en cada relato, en cada observación, en cada pormenor, un rayo de luz que venía á iluminar algún confuso recuerdo; y su corazón se dilataba con la impresión de sensaciones tanto más encantadoras, cuanto que de una manera vaga no le eran del todo desconocidas. Hallábase en la situación en que se hallaría

un ciego que habiendo perdido la vista al despuntar la razón, la recobrase en su pleno uso en un palacio encantado, y parecíale vivir en otra atmósfera, y que el mundo se había transformado para ella, y que el cielo era más hermoso, y la luz más bella, y aquel solemne expirar del sol en las olas del mar, más misterioso y sublime. Se figuraba que todos los seres habían adquirido el don de la palabra, y que algo muy dulce le decía el canto de su jilguerito, y que el silbido del viento y el murmullo de las hojas y los rugidos del mar no eran meros sonidos sin alguna significación. Ella imaginaba la tierra como una gran morada de hombres á quienes unía una palabra dulcísima, el nombre de *hermanos*, sobre los cuales velaba la Providencia de un Dios á quien llamaban *Padre nuestro*, y tendía su manto azul celeste una cariñosa *Madre* que había adquirido ese título á fuerza de lágrimas. Sentía la niña, en fin, esa impresión misteriosa que todos hemos experimentado alguna vez y que nadie sabe explicar, una especie de redundancia de vida que no nos cabe en

el pecho, que nos inclinaría, si los respetos sociales no nos contuviesen, á gritar y abrazarnos á todo el mundo sin saber por qué.

Felicísima vivía la niña con tales y tan vivas impresiones; pero no tanto que no le punzasen con frecuencia el corazón presentimientos horribles. Dolores le había dicho con mucha razón que la hora de Dios sería quizás también la de los dolorosos sacrificios. Cada vez que en medio de sus halagadores y sonrientes ensueños de amor purísimo y celestial, se le representaba la austera figura de su padre, terrible congoja le oprimía el corazón, se estremecía de pies á cabeza y sus hermosos ojos negros se nublaban cubiertos de espesa nube de lágrimas. ¡Cuántas derramó la pobre niña sobre el escudo de la Virgen y el pecho de su cariñosa *hermana* Dolores!

El peligro estaba más próximo de lo que ella y Dolores se imaginaban. A la penetrante mirada del judío no se ocultó que algo extraño pasaba en el alma de su hija, y su astucia no perdonó medio alguno de

averiguarlo. Mas tan prudentes y tan sobrevividos andaban la niña y la criada, que todas las pesquisas, las maliciosas é inesperadas preguntas, las disimuladas amenazas no obtuvieron resultado. Ello era cierto que Simi le obedecía y respetaba y hasta le demostraba mayor cariño que nunca; pero, á fuer de hombre ducho y versado en el conocimiento del corazón humano, veía en las mismas desusadas demostraciones de cariño el principal fundamento de sus sospechas. Y luego, ¿por qué más que nunca sorprendía á Simi embebecida en sus añejas meditaciones, ó contemplando con extática mirada la puesta del sol; por qué hallaba en sus párpados enrojecidos señales de haber llorado; por qué, en fin, no podía su hija resistir de frente su mirada, y bajaba los ojos y sus mejillas se ponían como dos amapolas? ¿Serían todas estas señales manifestaciones del amor primero en el corazón de una virgen? Pero Simi era muy niña todavía. ¿Sería una sobreexcitación de aquellas antiguas aficiones cristianas, que con tanto cuidado había él tratado de borrar del

alma de Simi? Un amor á espaldas de su padre, un amor quizás maldito, parecíale al judío un mal muy grave; pero lo segundo... eso era horrible, eso le sacaba de quicio. Lo que no cabía duda era que algo desusado pasaba en el alma de la niña, y que era preciso redoblar la vigilancia para con ella. Y pensando en los medios de que para el caso se valdría, entonces se le ofreció como el único seguro el que más de una vez había rechazado: el matrimonio.

Trató, pues, de buscar en la nueva esposa un perpetuo centinela de las acciones de su hija, y Sara, la mujer que escogió por compañera, se prestaba para el caso á maravilla. Era Sara de tan pura sangre judía y tan celosa guardadora de la ley mosaica como Jacob, y como él también, sincera y buena á pesar de la ceguedad judáica; que nunca sin estas condiciones le hubiese confiado Jacob el tesoro de su hija, el que estimaba más que los muchos que guardaban sus arcones. Desde el principio profesó Sara á la niña sincero y maternal cariño; pero cuando Dios bendijo la

unión de los dos piadosos israelitas con un hermoso niño, al cual Simi se aficionó con extremo, la buena madre redobló su amor por la cariñosa niña. Siempre es simpático para todas las madres cualquiera que acaricia á sus hijos, y Simi, ya cariñosa de suyo, colmaba de caricias al pequeñuelo Daniel, en quien halló el medio de dar rienda suelta á los dulces afectos fraternales que nunca había tenido la dicha de experimentar.

Simi, por su parte, que no sabía sino amar á cuantos trataba, que no tenía una gota de hiel en su corazón inocente, correspondía también á Sara con el mismo amor. Pero en realidad la venida de aquella mujer á casa de su padre había sido para la niña una gran contrariedad, pues la constante vigilancia que sobre Simi ejercía cortó las conferencias tan sabrosas con Dolores. Y acaecía que á medida que aumentaba el amor de Sara hacia Simi, aumentaba también la vigilancia, hasta el punto de verse la niña constantemente perseguida por los ojos de aquel Argos que con solicitud é interés verdaderamente



maternales, pero insufribles para los deseos que aguijoneaban á Simi, espiaba todos sus movimientos. Tuvo, pues, que renunciar casi por completo al trato tan dulce de Dolores, á quien, aunque continuaba sirviendo en la casa, rarísimas veces hablaba á su satisfacción. Reduciase por lo común el lenguaje de las dos, á santiguarse disimuladamente cada vez que se veían, acción que llenaba á Dolores de júbilo, pues le hacía comprender que los esfuerzos de Sara y de Jacob nada podían contra la inquebrantable constancia de la niña.

Al entrar Sara en casa del judío estaba Simi suficientemente instruida en los misterios de la fé cristiana, y sabía las oraciones más comunes, entre ellas el rosario de María, que todas las noches rezaba á sus solas al acostarse, invocando el amparo de la Virgen y pidiéndole le inspirase el medio de bautizarse y ser cristiana en la realidad como lo era en el corazón. Había puesto cuidado también, como medio de instruirse más y más en la fe cristiana, de aprender el castellano con Dolores, y esto

le sirvió mucho cuando se encontró privada del trato con la buena doncella, pues lograba suplir en parte su falta con la lectura de breves libros piadosos que ella le traía. Simi los guardaba cuidadosamente entre su ropa, sin apartarlos un punto de sobre sí, y á la noche, al acostarse, leía



aquellas páginas que siempre volvían regadas de lágrimas á las manos de Dolores. Tanto se embobaba á veces en la lectura, que las horas transcurrían sin notarlo, y por aquí espor donde vi-

no la inocente niña á caer en el peligro.

En efecto, las ojeras que con frecuencia mostraba por las mañanas, el gasto de la candela y el haber visto á deshora luz en la habitación de Simi, hicieron á Sara concebir la idea de vigilarla

hasta en aquella ocasión. Habían pasado algunos años desde el matrimonio de Jacob y Sara, y la niña estaba en los catorce de su edad. Dormía una noche Simi en su alcoba después de la acostumbrada lectura, y soñaba plácidamente con hermosas visiones de ángeles, de sonrisas del niño Jesús y de maternales caricias de la Virgen. De pronto el sueño tomó un sesgo bien diferente, y vió venir hacia ella á Jesús coronado de espinas, penosamente encorvado bajo el peso de una cruz enorme, con el rostro cubierto de sangre y bañado de inmundas salivas, y rodeado de verdugos que le golpeaban sin cesar. Jesús miraba á Simi dulcísimo con aquellos divinos ojos de los cuales se deslizaban dos gruesas lágrimas. Simi se postró en el suelo llorando delante de los verdugos como las piadosas mujeres de Jerusalén, cuando oyó sobre su cabeza la voz de Jesús que le decía:

—Simi, toma tu cruz y sígueme.

Y vió que entre denuestos y golpes y carcajadas sin cuento, la levantaban del suelo los verdugos, y ponían también en

sus delicados hombros una cruz pesadísima. Besóla Simi con tierna devoción, y comenzó animosa á trepar por las asperezas del Calvario siguiendo á Jesús. Pero la cruz era muy pesada y muy débiles sus fuerzas, y la pobre niña se sentía desfallecer, cuando Jesús volvió el rostro cubierto de sangre, lágrimas y salivas, y tornó á decirle llorando:

—Sígueme!

Aquella mirada regeneró las fuerzas de Simi, que abrazándose más estrechamente á la cruz, continuó subiendo, subiendo la cuesta del Calvario. ¡Ay! aquella terrible ascensión era superior á sus fuerzas... ya no podía más... la cruz se deslizaba de sus hombros... y la niña caía al suelo desmayada... Pasó un momento de completa insensibilidad, y al volver en sí, se encontró con la cabeza reclinada en el regazo de la Virgen, que lloraba al pie de la cruz donde agonizaba su Hijo. Desde allí vió que al lado de la de Jesús había otra cruz clavada en el suelo, la misma que ella había traído al hombro, y en cuya cabeza leyó escrito con gruesos

caracteres: *Para Simi*. Vió acercarse á aquellos horribles verdugos de feas cataduras, más espantables aún por las infernales risas que dilataban sus labios, y cerró los ojos llena de horror. Entonces sintió que un brazo se deslizaba por debajo de su cuello y le alzaba la cabeza... eran los verdugos que la llevaban á la cruz. Pero la Virgen tendía sobre ella su manto, y una sola mirada de María bastó para aterrar á los bárbaros sayones. Simi advirtió que el brazo que la sostenía se deslizaba de nuevo, y su cabeza cayó otra vez suavemente sobre el regazo de la Virgen. Sintió en la frente una lágrima desprendida de los ojos de María, lágrima que le abrasaba como una gota de plomo derretido, y... despertó.

—¡Dios mio!—exclamó;—¡qué horrible pesadilla!

Y al decir esto, le pareció oír un rumor parecido al de ropa que arrastrase sobre la alfombra. Prestó más atento oído; pero nada volvió á oír, y pensando que el rumor era no más que la continuación de la pesadilla, se santiguó, se encomendó de

nuevo á la Virgen, y murmurando la *Salve* volvió á quedarse dormida. Pero en el segundo sueño la perseguían las terribles visiones del primero: Jesús le dió á beber desde la cruz un sorbo de su cáliz de hiel y vinagre, y la Virgen le preguntó si tendría valor para sufrir una de aquellas espadas que le atravesaban el corazón.

—Todo lo sufriré por vuestro amor, Madre mía,—contestaba Simi.

—Hija de mi alma,—respondió la Virgen,—cuando un cuchillo de dolor atraviese tu alma, ten valor, y acuérdate de mis dolores y los de mi hijo.

La visión desapareció completamente, y la niña durmió tranquila el resto de la noche. Al levantarse, llena la imaginación de los horribles fantasmas de sus sueños, levantó las almohadas para recoger el libro que debajo de ellas había puesto la noche anterior al terminar la lectura, y de su angustiado pecho estuvo á punto de escaparse un grito de dolor: ¡el libro no estaba allí!...

En vano le buscó y registró todo el lecho. Se frotó los ojos creyendo aún ser

víctima de la pesadilla; pero no cabía duda: estaba despierta y su libro había desaparecido. Con la rapidez del relámpago se agolparon á su imaginación todos los recuerdos del sueño de aquella noche, y con especial viveza aquella mano que se deslizaba por debajo de su cuello y le alzaba la cabeza, y aquel rumor de ropas arrastradas por la alfombra, que había creído percibir al despertar. Cruzó las manos sobre el pecho, cayó de rodillas llorando junto á la cama, y exclamó:

—Algo querías decirme esta noche, Jesús mío, al pedirme que fuera con mi cruz detrás de tí y al darme á beber de tu vaso de hiel y vinagre!... Dadme valor, Dios mío, que ha llegado la hora de agotarle hasta las heces!... Virgen María, Madre de mi alma; haz que no me olvide de tus dolores y los de tu Hijo!...

Así oró Simi en silencio algún rato, apoyada la frente en su lecho. Cuando levantó la cabeza ya no lloraba, y en su rostro infantil, encendido por la emoción y más hermoso que nunca, se reflejaban la

serenidad y resignación de una mártir. Así recibió á su padre, que se presentó en el gabinetito de Simi con el severo rostro preñado de tempestades. La niña fué, según su costumbre de todos los días, á dar-



le un beso en el rostro; pero Jacob la rechazó con violencia, y clavándole los ojos penetrantes como dos puñales, exclamó con voz ronca y grave como la del mar



cuando empieza á revolver sus gigantes-  
cas olas:

—¡Infame!!...

La niña aterrada bajó ruborosa el rostro ante el severo de su padre, ahogó un hondo suspiro que terminó en doloroso quejido, y cruzadas las manos, quedó de pie, inmóvil y sin aliento en medio de la habitación.

—No ocultes el rostro, no, Simi,—exclamó el judío asiendo el brazo de Simi con la fuerza de una tenaza, y obligándole con la otra mano debajo de la barba á mirarle frente á frente,—mírame á esta cara que estás deshonrando, Simi!

La congoja de la pobre niña era espantosa. El judío la argüía con terrible violencia mostrándole el libro que revolvía entre sus dedos crispados, echaba chispas por los ojos, y el diapasón de su voz se iba elevando gradualmente hasta convertirse en aullido. La niña, aterrada ante aquella mirada de fuego, y aquella voz de fiera enco-  
lerizada, lloraba y permanecía en silencio.

—¡Oh!—exclamó después de un rato el judío, vertiendo copiosas lágrimas

arrancadas por el amor paternal que se sobreponía á su ira.—¡Oh! y te callas!... Y te confiesas culpada, traidora!... Simi, por Dios, niégamelo siquiera, hija mía!... Niégamelo, aunque sea verdad, hija de mi alma!... No atormentes á un padre que te quiere tanto!... ¡Trata de engañarme siquiera, Simi mía!...

La niña, que no esperaba este rasgo de cariño, quedó aún más anonadada. ¡Oh! era espantosa la lucha que desgarraba su corazón!... Acordábase en su interior de Jesús y de la Virgen, y les decía como en su pesadilla de la noche.

—¡Señor, señor; que esta cruz es superior á mis fuerzas!... Virgen de los Dolores, dadme valor!

Su padre continuaba arguyéndole, con la voz ora enronquecida por la ira, ora temblorosa por el dolor, y las olas de amargura iban creciendo, creciendo en el corazón de Simi, y aquella cruz tan pesada se deslizaba de sus hombros, y hubo un momento en que no pudo más, y cayó á los pies de su padre que lloraba, y gritó:

—¡Padre mío!...

—¡Ah!—exclamó Jacob;—reconoces tu falta, la infamia que cometes en deshonar tu linaje, la traición á la Ley santa en que naciste, la crueldad en llenar de amargura el corazón de tu padre!

Simi, oculto el rostro entre las manos, lloraba en silencio. Jacob experimentó una de esas bruscas transiciones tan naturales en los corazones agitados, y más si son corazones de padre, y alzando á la niña del suelo, le dijo acariciándola blandamente:

—Ven, hija mía, ven... tú eres buena... tú no puedes atormentar el corazón de un padre que tanto te quiere... Eso ha sido una alucinación pasajera, hija de tu inexperiencia y no de malicia... Yo la perdono con tal que digas que no has sabido lo que has hecho... Nada más eso, hija mia, y te perdono!...

La niña continuaba llorando silenciosa, y pedía en su corazón á la Virgen, cuyos dolores recordaba en su penosa agonía, que le ayudase, que la sostuviese y amparase.

—¡Te callas!—volvió á decir el judío exasperándose de nuevo.—¡No me basta tu silencio, no, Simi: es preciso que digas algo, que me libres de esta cruel incertidumbre, que des una satisfacción al Dios de nuestros padres ofendido!

Nuevo silencio, terrible en el judío y embarazosísimo en la niña.

—¿No me hablas, ingrata?—continuó el primero.—¿No bastan á conmoverte las lágrimas de tu padre? Pues bien: ahora debo hablarte como ministro del Dios celoso, del Dios de las venganzas!

El judío abrió con mano convulsa la primera página del libro de Simi, en la cual había un grabado que representaba el Santo Cristo de Burgos, y mostrándoselo á Simi, gritó con terrible acento:

—¡A escupir aquí ahora mismo!...

Simi retrocedió dos pasos espantada, llena de horror de aquella proposición. El judío avanzó los mismos dos pasos, y volvió á acosar á su víctima gritando nuevamente con voz de trueno:

—¡Escupe aquí, miserable!...

—¡Padre mío!..—exclamó la pobre niña

llena de angustia cayendo de rodillas en actitud suplicante.

—¡No soy tu padre yo, hija maldita!... Soy el representante del Dios de las venganzas!... Escupe aquí, ó...

—Padre mío, por Dios;—añadió en lo más hondo de la amargura la infeliz;—pedidme la sangre y la vida, pedidme lo que queráis... pero eso no... Dios mío... eso no!

Jacob dejó de ser el padre cariñoso para convertirse en una fiera. El libro que agitaba entre sus manos nerviosas fué á dar violentamente sobre el rostro de la niña, y detrás de él una brutal bofetada que dió con ella aturdida en el suelo. Arrojóse con el furor de una hiena sobre su inocente víctima, le escupió repetidas veces en la cara, le arrojó al rostro todas las inmundicias que encontró á mano, le asió del pelo y la arrastró por el gabinete, y ejecutó en ella, entre imprecaciones y blasfemias horribles contra lo más santo del cristianismo, todos los refinamientos de crueldad que puede inspirar el fanatismo al más rabioso sectario. El castigo fué tan

bárbaro, que cuando aquella fiera se cansó de atormentar á la pobre mártir, la niña quedó desmayada en medio del gabinete, lleno de cardenales y de inmundicias el rostro, y chorreando sangre de las manos brutalmente golpeadas.



---

V.



o es necesario encarecer, porque ello de suyo se manifiesta, que la situación de Simi fué desde aquel momento verdaderamente horrible. La violenta escena descrita en el párrafo anterior fué solamente el comienzo de un lento y prolongado martirio, mil veces más doloroso que la misma muerte. Simi se vió á diario cruelmente maltratada por su iracundo padre, postergada hasta el punto de obligarla á comer con la servidumbre, en cuyos más viles ejercicios alternaba, como indigna de sentarse á la mesa de sus padres y

comunicar con ellos. No sentía la pobre niña tanto las humillaciones y dolores cuanto el enojo de aquel padre á quien entrañablemente amaba. Y sin embargo, las humillaciones llegaban á veces á un grado intolerable. ¡Cuántas veces, por ejemplo, tratando de hacer una caricia al pequeñuelo Daniel, á quien tanto quería, se le arrancaban violentamente de los brazos como si su contacto le contagiase! La pobre niña lo sentía á par del alma, y buscaba cualquier rincón donde desahogar con ardientes lágrimas el corazón oprimido.

Como en la escena descrita, había en la conducta de Jacob para con la niña alternativas de dureza y de blandura. El corazón del padre hacía á veces traición al fanatismo del judío, y en más de una ocasión, al verla llorosa y pálida, arrojábase Jacob llorando en los brazos de Simi, cubría de ardientes besos su hermosa frente, y con palabras dulcísimas, con halagos y caricias la exhortaba á abandonar lo que llamaba *su locura*. Esto era para Simi martirio cien veces más insoportable que las violencias y las humillaciones. Cuando



veía á su padre airado bramando como una fiera y atropellándola del modo más brutal, aunque padecía mucho, sabía sobrellevarlo resignada con recordar los dolores de Jesús y de María, sin que de sus labios se exhalase ni una queja, sin que después omitiese una sola de las acostumbradas muestras de solicitud y cariño para con su padre: cuando le veía llorar y acariciarla, quedaba petrificada de dolor y no sabía qué responder; entonces parecía que se trocaban los papeles, que su padre era la víctima y ella el verdugo, y esta consideración la atormentaba de una manera cruelísima. Siempre han podido más para las almas nobles los procedimientos suaves que las violentas agresiones, y por más peligrosas tentaciones tengo las que incitan por amor que las que mueven por ira.

Hay hechos que, si no fueran históricos, se tildarían de inverosímiles. ¿Cómo una tierna niña, abandonada á sí sola como estaba Simi desde que á consecuencia de la anterior escena le faltó hasta el escatimado consuelo del trato de Dolores, ignominiosamente despedida de la casa del judío;

sin hallar una cara amistosa que se compadeciese de su llanto, si no era para aumentar su dolor con la ternura misma; sin oír una palabra de estímulo y de aliento; humillada, postergada, luchando sin cesar, por un lado con la debilidad natural á su sexo y á su edad que le hacía temblar de los bárbaros castigos, y por otro con el tentador aliciente de los halagos y la terrible elocuencia de las lágrimas, cómo, digo, pudo sufrir sin desfallecer, sin vacilar un punto, *dos años* de tan acerbo martirio? No lo sé; pero ello fué así, y los hechos tienen una lógica brutal. El título de *relato histórico* que lleva mi sencilla narración me obliga á aceptar los hechos tal como sucedieron, sin más atribuciones que la de exornarlos algún tanto, y no porque el hecho sea maravilloso se ha de dejar de consignar en un relato que, lo repito, es en lo sustancial rigurosamente histórico. Pero he dicho que ignoro la explicación de ese hecho; aunque, en realidad, sí la sé; y aquí deda decir la verdad, mal que pese á los sectarios del *naturalismo*, que intenta desterrar del arte el elemento sobrenatural,

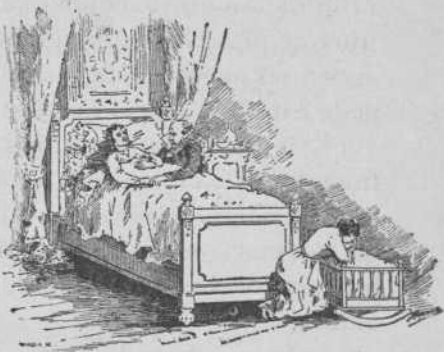
como el racionalismo en la filosofía y el liberalismo en la política. Yo que no escribo sino para los creyentes como yo, no hallo inconveniente en declarar que la explicación de ese hecho se encuentra en esa fuerza misteriosa á que los teólogos dan el nombre de *gracia de Dios*, la misma que en los primeros siglos del cristianismo prestaba valor á las tímidas doncellas para volar sonriendo á los tormentos y á la muerte. Motéjeme en buena hora ese arte sin corazón que no conoce otra *realidad* que la parte más prosáica y nauseabunda de la vida; pero sea consecuente, porque yo también soy en esto *realista* á mi manera. No estoy conforme con desterrar el ideal de las artes, que sin él pierden la magnífica aureola de santidad de que las ha ceñido la estética cristiana; pero sí de la realidad se han de tomar los elementos artísticos, ¿quizá no es realidad la historia? Y hago aquí estas observaciones porque he de referir más sucesos que no caben en los mezquinos moldes de lo natural, y que son prueba evidente de que hay en la vida misteriosas realidades desconocidas del

arte llamado realista, y que, aun cuando haga sonreír á algún desgraciado en cuyas manos pudieran caer mis narraciones, sólo la *gracia de Dios* explica, en pleno siglo XIX, lo mismo que en la Edad Media, muchos fenómenos y muchos secretos del alma.

Sólo por ella se concibe que resistiera Simi con tanta constancia el más amargo de los dolores, recrudecido hasta por la circunstancia de padecerlo á solas, sin el alivio que causa la comunicación de las penas. Sin la compañía de Dolores, sin un libro, ni una imágen, ni el más insignificante signo religioso, Simi se encontraba en el tesoro de sus recuerdos, y levantaba á Dios en su corazón un altar donde en secreto le adoraba. Allí, en aquel santuario inviolable que no podían arrebatarse los hombres, contemplaba los dolores de Jesús y María, allí sentía compensados sus padecimientos con purísimas dulzuras, y de aquella contemplación sacaba fuerzas para la terrible lucha que sin cesar sostenía.

Con el transcurso del tiempo, la lucha mudó de carácter. El judío comprendió

que hacían más mella en el corazón de Simi los procedimientos de cariño que las medidas de rigor, y resuelto á atraerla por la bondad y el halago, ablandó mucho su dureza, que por otra parte repugnaba á sus sentimientos paternales. La muerte de Sara, que concluyó de colmar las amarguras de Jacob, contribuyó en gran manera al cambio de procedimiento. De rodillas al pie del lecho de su segunda esposa que acaba de ex-



pirar, lloraba amargamente el judío su infortunio, y alzaba á Dios los ojos como buscando con quién consolarse, cuando sintió á sus espaldas un sollozo, y al volver la vista, halló á Simi llorando también, arrodillada y besando tímidamente la frente del inocente Daniel, que dormía en la cuna al pie del lecho de su madre. Rara

vez es cruel un corazón atribulado: los que han padecido mucho, saben también más fácilmente compadecer á los demás. No hay cosa como el dolor para hacernos mansos y caritativos, y aun por eso la Madre de todos los dolores lo es también de todas las misericordias. Así que, á pesar de la prohibición que Jacob había impuesto á la niña de pisar las habitaciones de sus padres y su mismo antiguo gabinetito, la vista de Simi le causó muy distinto efecto del que ella se había imaginado al penetrar furtivamente en la sala é introducirse en la alcoba. Simi, al ver que su padre la miraba, se puso en pié temblando y trató de huir; pero el judío, lleno de ternura exclamó:

—¡Tú me dejas también, hija mía!

—¡Padre de mi alma!—respondió Simi abrazándose á su cuello y juntando sus lágrimas con las de Jacob.

Así permanecieron un rato llorando los dos sin hablar palabra. Al desasirse, el judío miró á su hija de alto á bajo, y viéndola cubierta de viles vestiduras, del desecho de las criadas, sintió gran remordimiento

por los desprecios que la había hecho padecer, y propuso mudar de conducta. Aquel día no quiso que se apartase de su lado, porque en ella sola encontraba quien llorase con él de corazón, y sólo Simi sabía consolar con sus caricias al pequeñuelo Daniel que preguntaba por su madre. Pocos días después Jacob levantó á Simi, desde el puesto humillante que ocupaba en la servidumbre, al de ama encargada del gobierno de la casa. ¡Aunque judío fanático, al fin era padre!

Simi tenía á la sazón quince años; pero su natural talento, de que había dado precoces muestras, le hizo comprender y desempeñar con acierto y diligencia sus nuevas obligaciones para con su padre y su hermanito Daniel. Su nueva posición, sin embargo, aunque le alivió las humillaciones y los dolores físicos, no hizo más que recrudecer los morales, que son los más hondos y penetrantes dolores. A vueltas de algún arrebató de furor con que de cuando en cuando se manifestaba la irritación del judío, el estado habitual de Jacob era de profundo abatimiento y sombría melancolía,

que siempre se aumentaba después de los arrebatos. La niña, que comprendía la causa, padecía en su interior tanto más cuanto mayor era el cariño que le mostraba su padre. Aquel nuevo género de lucha era para ella irresistible; aquella cruz era demasiado pesada para sus fuerzas, y se le caía de los hombros, como en el misterioso sueño en que siguió á Jesús hacia el Calvario. Cada noche oraba al acostarse á la Virgen de los Dolores y se sentía consolada y fortalecida; pero cada mañana, cuando al dar el acostumbrado beso filial á Jacob, veía el rostro demacrado y triste del judío, las canas que brotaban en su barba, las arrugas que empezaban á surcarle y las lágrimas que á veces se desprendían silenciosamente de sus ojos, sentía como un cuchillo que le destrozaba el alma, y necesitaba hacerse terrible violencia para no sucumbir. No: ella sola no podía con aquella cruz: necesitaba desahogar con alguien sus sentimientos, y temió que sin una resolución enérgica, su firmeza caería rendida á la violencia del dolor.



Su nueva posición le proporcionó alguna holgura que trató de aprovechar. Una tarde, mientras su padre se hallaba en la sinagoga, tomó la resolución de ir á un templo cristiano, de saludar á la Virgen, de pedirle remedio y ayuda. Cuidadosamente envuelta

en su abrigo para no ser conocida de algún judío que encontrase, caminaba Simi por aquellas calles, buscando las más oscuras, cuando oyó un grito comprimido á sus espaldas. La niña

volvió la vista estremeciéndose toda, y se halló repentinamente abrazada, estrechada y cubierto el rostro de besos por Dolores.

—¡Dolores!—exclamó ahogando otro grito la niña.



—¡Querida hermana mía!...—respondió la joven.

—¡Ah, sí, hermana!—añadió Simi como despertando de un sueño.—¡Cuánto tiempo hace que no te veo!... ¡Cuánto he llorado desde aquel día, Dolores!

—¡Pobre Simi!... ¡Cuánto he rezado por tí á la Virgen!

—¡Rezabas por mí, Dolores!... Oh! gracias, hermana, gracias!...

—Padecerás mucho, querida mía.

—Tanto, tanto, Dolores, que ya no puedo más, y voy á pedir consejo á la Virgen.

—Vamos juntas y yo te ayudaré.

Simi y Dolores entraron juntas en la Iglesia católica de Nuestra Señora de Europa. La imagen de María, con el niño Jesús sobre las rodillas, descollaba en medio del altar mayor llena de dulzura y piedad. Simi cayó de hinojos llorando á sus pies, y murmuró la *Salve*, pronunciando con extraordinario fervor aquellas palabras:

—*Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura, esperanza nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos!*

Jamás supo explicar luego Simi lo que experimentó en aquel instante. Vió que el rostro de la Virgen se dirigía á ella con benévola mirada, que sus labios le sonreían amorosamente, que el niño Jesús le extendía dulcemente los brazos, y que del rostro de los dos brotaban rayos de luz, que se iban ensanchando, ensanchando, hasta envolver ambas imágenes en una especie de atmósfera luminosa. Sintió en el alma dulzuras inefables, parecióle que percibía fragancias desconocidas, armonías jamás escuchadas, aleteos de ángeles y coros de niños, y sobreponiéndose á todos los rumores una voz suavísima como un suspiro, que parecía brotar de los labios de la Virgen, y que le decía, como en otro tiempo Dios al patriarca Abraham:

—*¡Sal, hija mía, de tu tierra y de tu parentela!*

Arrebatada en un éxtasis de amor, la niña no sabía lo que le pasaba. Un momento le parecía que había estado de rodillas á los pies de la Virgen, cuando sintió que Dolores la llamaba. Volvióse Simi sorprendida; pero Dolores le mostró en

las vidrieras los últimos y rojizos rayos del sol moribundo, y le dijo al oído.

—Simi: el sol se pone, y tu padre no tardará en volver á casa.

Simi lanzó un hondo suspiro, saludó á la Virgen y salió del templo acompañada de Dolores. Llevaba la cabeza tan llena de ideas confusas, de rumores, de armonías, de no sabía qué, que no podía articular palabra ni supo qué contestar á las preguntas de Dolores. Silenciosas y meditabundas cruzaron las dos varias calles, y al llegar á la misma en que se habían encontrado, detúvose la joven y dijo á la niña:

—Simi, no conviene que te acompañe hasta tu casa. Un beso, y adiós.

Dolores y Simi se abrazaron llorando con ternura.

—¿Volveremos á vernos?—preguntó Dolores.

—No lo sé,—respondió Simi vacilando.

—Por si no nos vemos más, toma este recuerdo,—añadió Dolores quitándose del cuello un collar de gargantillas ordinarias y sacando de él una pequeña cruz, que

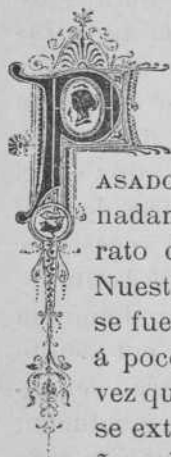
tenía por un lado la imagen de Jesús crucificado, y á la vuelta el busto de la Virgen de los Dolores. Simi besó las dos imágenes, guardó la cruz entre sus ropas como un tesoro, y dando otro beso á la doncella, echó á andar precipitadamente hacia su casa.





---

VI.



ASADO el estupor, la especie de anadamiento en que dejó á Simi aquel rato de oración ante la imagen de Nuestra Señora de Europa, sus ideas se fueron coordinando y volvió poco á poco á la reflexión. Y la primera vez que pensó con alguna serenidad, se estremeció de pavor la pobre niña, al encontrarse frente á frente con un problema terrible. Parecía que todas las demás impresiones y los demás recuerdos se habían desvanecido con el único objeto de que fuese más vivo y más enérgico otro recuerdo, el único que con

tenacidad la perseguía, el de aquella voz que parecía brotar de los labios de la Virgen diciéndole:

—*¡Sal, hija mía, de tu tierra y de tu parentela!*

¡Misterios insondables del corazón humano! ¿Por qué, halagando muchas veces en nuestro interior una idea, una resolución, saboreándola con delicia mientras está lejana, sucede con tanta frecuencia que temblamos á medida que se acerca su realización, hasta el punto de desfallecer muchas veces y volver los pies atrás en el punto mismo de alcanzar nuestros deseos? Simi había pensado muchas veces que para obtener sus vivas ansias de bautizarse no había otro medio que abandonar su casa, y á ello estaba resuelta por oculto irresistible impulso; y sin embargo, cuando miró de cerca lo que aquella resolución significaba, estalló en su alma una de esas sordas y misteriosas luchas, la que más amargó su corazón, con estar ya tan avezado á devorar amarguras. ¡Dejar á su padre!... Eso era para Simi el más doloroso de los sacrificios; pero eso era lo de menos:



le parecía además crueldad horrible y negra ingratitud. Y sin embargo, la idea la perseguía cada vez más viva é insistente: le parecía tenerla clavada en la inteligencia, que la leía escrita donde quiera que miraba, que vibraba en sus oídos con el acento de la Virgen. En vano luchaba, lloraba y se resistía: sola en su gabinetito, oprimiendo junto á sus labios la crucecita de Dolores, oraba y pedía luz y consuelo á la Virgen, y siempre después de la oración le atormentaba más recio la misma idea. Imposible es describir la serie de luchas, de angustias y congojas que desgarraron aquella alma inocente; sus alternativas de heroicas resoluciones y tímidos desfallecimientos.

Real y verdaderamente: si alguna vez fué motivada la resistencia de un alma á los primeros estímulos de la gracia, nunca como en el caso de Simi. Recia cosa es romper los lazos puros y benditos del amor paterno, y sólo por manifiesto é irresistible impulso de Dios, cuyo derecho es el único que puede y debe anteponerse al derecho paternal, es justificable resolución



semejante. Hubiera sido verdaderamente ingrata y cruel si no se hubiese resistido hasta el último trance, hasta adquirir la evidencia de que no una impresión caprichosa y pasajera, sino el llamamiento del mismo Dios la impelía; hasta verse encerrada en el terrible dilema de optar entre Dios y su padre.

Los acontecimientos, que se iban precipitando, se encargaron de hacérselo ver con claridad. Acercábase Simi á los dieciséis años, y precoz en la parte física como en la moral é intelectual, estaba en todo el esplendor de su belleza, con los encantos de la mujer realzados sin saberlo ella por el reflejo de su inocencia de niña. Había advertido que su primo Isaac, joven de algunos años más que ella, hijo de un hermano de Jacob, y como él judío, cuantas veces venía á casa la miraba de una manera... con insistencia tal, con expresión tan extraña en sus ardientes ojos, que sin saber por qué, no podía resistir aquellas miradas, y bajaba el rostro avergonzada. Un día descubrió el enigma: supo que el padre de Isaac había pedido á Jacob la mano de

Simi para su hijo, y Jacob manifestó á la niña su irrevocable resolución de casarla. Simi calló inclinando la cabeza; pero en su gabinetito, testigo de todas sus aflicciones, se desahogó llorando y pidiendo remedio á la Virgen. Había oído hablar á Dolores de la vida religiosa, y había hecho firme propósito de consagrar á Dios su virginidad. La proposición de su padre, no sólo contrariaba aquel su ardiente deseo; sino que cerraba de golpe la puerta á sus esperanzas de ser cristiana. El conflicto tenía que llegar más tarde ó más temprano: Jacob, que en su proyecto veía también el medio de retener en el judaísmo á Simi, y quizá de volverla al *buen camino*, como él pensaba, no admitía excusas, ni siquiera dilaciones. Simi oró con más fervor que nunca y pidió consejo á la Virgen, y la invisible inspiración del cielo junta con la inminencia del peligro, le hicieron ver que no había otro remedio que la huida. Ya no cabía duda: era preciso elegir entre Dios y su padre, y aun á costa de arrancarse el corazón, la elección para ella no podía ser dudosa.

Era el día 1.º de Marzo de 1817. Con motivo de una fiesta de familia, estaba invitada Simi á pasar el día en casa de una amiga, para lo cual tenía el permiso de su padre. Aquella noche apenas había pegado los ojos: fué una noche de espantosa lucha, de horrible congoja, de penosas pesadillas. Era la última que iba á pasar en su casa, y el corazón se le partía de pena. Temía que le faltase valor, y se le pidió á la Virgen, y en una de las pesadillas vió á María que le mostraba á su Hijo muerto sobre sus rodillas, diciendo:

—Hija mía, ¿amas tú á tu padre más que yo á Jesús?

—¡Madre, madre, dadme valor, dadme fuerzas!—exclamó Simi llorando.

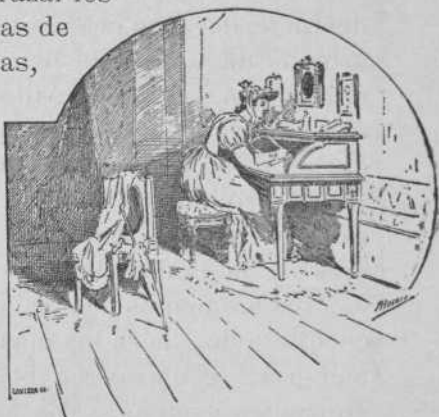
—Acuérdate, hija mía, de mis dolores y los de mi Hijo, y las tendrás,—contestó la Virgen.

A las seis de la mañana se levantó Simi y se vistió de gala como para ir á casa de su amiga. Estaba pálida y nerviosa, temblaba de pies á cabeza, y frecuentemente tuvo que apoyarse en el lecho porque sentía desvanecimientos. Pero sobre todo oraba,

oraba mucho y besaba con insistencia la crucecita de Dolores. Después de muchas vacilaciones, se sentó á la mesa, tomó una pluma y en el primer papel que halló á mano se puso á escribir. Pero la pluma temblaba entre sus dedos convulsos, que se resistían á trazar los caracteres, y tras de vanas tentativas, sólo pudo escribir estas palabras:

«Padre de mi alma: Per-dóname. Sólo Dios puede obligarme á dejarte, y

lo hago con el corazón destrozado. ¡Oh, por Dios, padre mío! no dudes que te amo con toda mi alma, que te amaré siempre, siempre, hasta morir y más allá de la muerte. Adiós, padre de mi corazón. Tu desgraciada hija



*Simi.»*

El papel, lleno de borrones causados por las lágrimas desprendidas de los ojos de la niña, quedó plegado entre las hojas de un libro. Aquel esfuerzo había agotado las fuerzas de Simi: se ahogaba, necesitaba aire, y abrió maquinalmente el balcón. Envueltos entre las auras frescas y salinas del mar llevaron á su olfato los suaves aromas de una mata de violetas que ella cuidaba en su balcón. Allí estaban sus pobres florecitas mustias, que ya nadie cuidaría! Y entonces oyó detrás de sí el suave y melancólico trino de su jilguerillo, que saltaba inquieto entre los dorados alambres de la jaula. Hallábase Simi en uno de esos momentos de exaltación nerviosa en que todo, hasta los más menudos pormenores, se clavan en el corazón como punzantes espinas, y no pudo menos de consagrar una lágrima á su pájaro y sus flores.

Comprendía, sin embargo, que le faltaba lo más doloroso de su sacrificio, la despedida de su padre, y que necesitaba serenarse un tanto para poder soportarla. Respiró con ansia el aire puro y fresco de

la mañana; besó cien veces la crucecita de Dolores, y se dispuso á salir del gabinete para dar á su padre el acostumbrado ósculo filial. ¡Iba á ser quizás el último!... Esta reflexión la detuvo obligándola á apoyarse en el marco de la puerta que iba abrir. Se pasó varias veces la mano por la frente sudorosa y abrasada por la fiebre, besó de nuevo la crucecita y se sintió reanimada. Su padre estaba preparándose para salir á la sinagoga. Acercósele Simi con la sumisión de siempre, y fué á darle el beso de costumbre. El judío la recibió con cariño en sus brazos, y Simi le estrechó en los suyos con presión nerviosa y estampó en su rostro un ósculo ardiente, interminable, en que iba toda su alma.

—Hija mía, no aprietes tanto, que me ahogas,—dijo el judío.

Simi calló, porque la ahogaban los sollozos.

—¿Qué tienes, hija mía?—preguntó Jacob asustado;—á tí te pasa hoy alguna cosa.

—Nada, nada, padre mío,—respondió vivamente Simi serenándose de repente.

—No; tu estás triste y preocupada, Simi.

—No es nada:—añadió la niña fingiendo lo mejor que pudo una sonrisa;—estoy algo así... agitada, porque he pasado mala noche y he tenido sueños tristes. Pero ¿quién hace caso de eso?

—Cuidado, hija mía, no hagas algún exceso en casa de tu amiga. Otro beso y adiós.

Al desprenderse Simi de los brazos de su padre, la pena no le cabía en el corazón. El judío salió á la sinagoga: la niña volvió á su gabinete y cayó desplomada en una silla. Aquello era horrible: una congoja espantosa le oprimía el pecho: necesitaba llorar, desahogarse, y no podía. Un rato permaneció allí silenciosa, trémula, pálida como una muerta, fija la vista en el suelo con esa mirada vaga y honda con que parece que ni se mira ni se ve, sintiendo recias palpitaciones en el corazón y en las sienes. Luego brotó una lágrima, y detrás un verdadero torrente. Aquel llanto le hizo bien: volvió en sí, tornó á besar la crucecita, se enjugó las lágrimas, y algo reanimada, salió nuevamente del



gabinete. Le faltaba todavía el último sacrificio: ¿cómo salir sin dar un beso á su querido, á su inocente Daniel? Simi entró de puntillas en el aposento del niño, y contempló un rato llorando su inocente sueño. ¡Cuántas cosas le dijo, cuántas veces pidió á la Virgen por él! Al fin se acercó con sumo cuidado para no despertarle, y estampó en su frente uno, dos, tres, diez, doce besos cada vez más tiernos y más ardientes, y salió precipitada, como temiendo que le vendiese su cariño. Aún necesitó pasar un rato para serenarse, después de lo cual, oprimiendo con fuerza el pecho que parecía querer saltársele, se dispuso á salir. Al poner el pie en el umbral se estremeció: sabía que aquel paso la separaba, quizá para siempre, de cuanto amaba en el mundo: sabía además que era un paso á vida ó á muerte, pues cualquier cosa podía temer del furor de su padre. Hizo la señal de la cruz, dió temblando el terrible paso, y después de volver la vista como para dar el último adiós á aquella casa llena para ella de tantos recuerdos, echó á

andar resueltamente siguiendo la muralla.

Pálida, temblorosa y murmurando suavemente el rosario de María, á quien se iba encomendando, andaba, andaba la pobre niña, y apresuraba cada vez más el paso hasta convertirle casi en carrera, y así llegó á las puertas de la plaza, donde una recia y aguardentosa voz de hombre la detuvo. El centinela inglés cruzó su fusil delante de ella diciendo:

—¡Alto... El pasaporte!

Simi clavó en aquel hombre los ojos asustada y sorprendida. ¡El pasaporte!.. Jamás habia oído semejante palabra.

—¿Á dónde vas, niña?—preguntó con más suavidad el centinela viéndola suspensa.

Nueva mirada y nueva suspensión. ¡Que á donde iba!.. La verdad era que ni ella misma lo sabía ni jamás había pensado en ello. Aquella huida la había hecho como se hacen las cosas que Dios inspira, dejándose no más llevar de secreto y misterioso impulso: era una empresa puramente providencial, de las que

parecen locuras si se miran con los ojos de la prudencia humana.

El centinela, viendo que la niña le miraba atónita sin responderle, llamó á su jefe, el cual preguntó con amabilidad á Simi quién era y adónde iba. Simi se limitó á contestar.



—Me llamo Simi, y soy hija de Jacob Coens, sacerdote de la sinagoga.

No dijo más; pero Dios solamente sabe lo que pudo pasar por el alma del militar inglés, que sin más averiguaciones, (y

repito que refiero hechos históricos), se inclinó cortésmente delante de ella, y dirigiendo al centinela una imperiosa mirada, dijo:

—Pase V., señora.

Y Simi pasó la puerta santiguándose de nuevo. Acababa de experimentar la visible protección de la divina mano, y encomendándose de nuevo á la Virgen, tomó sin saberlo el camino de la línea. Su paso iba siendo cada vez más precipitado, y al perder de vista la plaza, echó á correr con todas sus fuerzas. Frecuentemente tropezaba con soldados ingleses que venían de la línea, y con ser ella tan linda y venir no pocos de ellos más que regularmente borrachos, ningudo le dijo una sola palabra. Simi comprendía que la Providencia la guiaba y protegía, y redobladas sus fuerzas por esta consideracion, corría y corría sin parar con dirección á San Roque. Pero aquella carrera vertiginosa agotaba sus débites fuerzas, sus piés se destrozaban en el pedregoso camino, y sus rodillas flaqueaban de cansancio. Entonces recordaba que si en su casa ó en la de su

amiga la echaban de menos, podían seguirla á caballo, é invocando de nuevo á la Virgen, hacía un nuevo esfuerzo y volvía á correr precipitadamente. Al fin no pudo más: el cansancio y la debilidad consiguiente á las emociones de la noche anterior y de aquella mañana y á la circunstancia de hallarse en ayunas, pudieron más que la tensión nerviosa que la mantenía de pié: sus rodillas doblaron y cayó al suelo exclamando:

—¡Virgen de los Dolores, no me abandonéis!..

Como brotado de la tierra ó caído del cielo vió delante de ella un gallardo joven rubio, encarnado, hermoso, que la miraba con dos purísimos ojos azules, y le daba la mano. Simi al principio se estremeció acordándose del único hombre que además de su padre, había tratado; pero aquella dulce y pura mirada del mancebo era tan diferente de las fogosas de su primo Isaac, y sintió hacia él la niña tan misteriosa simpatía, que aceptó el brazo del joven, y apoyada en él, siguió su camino. Ni el joven había dicho nada, ni ella tampoco;

pero se habían entendido, y así continuaron andando sin hablarse.

Cerca ya de la línea, oyó Simi á sus espaldas un rumor extraño. Volvió la vista, y vió á lo lejos una nubecita de polvo en cuyo centro se movía un objeto negro. El rumor se acercaba cada vez más, y Simi conoció llena de espanto que era el galope de un caballo.

—¡Corramos, corramos!—gritó:—si no, soy perdida!

Y ella y su acompañante aceleraron el paso. Mas por mucho que corrían, el precipitado galope del caballo iba sonando más cerca, y él y su jinete se distinguían cada vez más. Una de las veces en que Simi volvió azorada la cabeza, no pudo contener un grito de espanto: había conocido al jinete: era su primo Isaac, su prometido. Consideróse perdida sin remedio, pues el caballo avanzaba rápidamente, y por mucho que ella corriese, antes de llegar al destacamento español había de alcanzarla su primo, cuyos iracundos gritos oía claramente á sus espaldas. Sobrecogida de terror, se asió con más fuerza

al brazo de su acompañante, en cuyo hombro cayó luego su cabeza desmayada.

La niña no supo entonces lo que la pasó: al volver en sí se halló sola, trasladada como por encanto á la entrada de una tienda de campaña del destacamento español. Su misterioso compañero había desaparecido. Volvió la vista, y vió claramente á su primo Isaac cuyo caballo estaba á una docena de pasos de ella. Sintió un nuevo desconocido ímpulso, y se precipitó en la tienda en medio de la guarnición española; gritando en castellano:

—¡Socorro!.. Quiero ser cristiana!.. Me acojo al pabellón español!







---

---

VII.



OMPLÁCESE Dios en purificar con el dolor á las almas que bien quiere, y á Simi, que acababa de hacer el más doloroso de los sacrificios, le esperaban aún grandes dolores que sufrir. Acogida con suma caridad por el jefe de la guarnición española de la Línea, que la reconoció como súbdita del Rey de España y la amparó contra la violencia de Isaac, la pobre niña escuchó temblando de miedo desde la tienda de campaña el altercado que el caballeroso oficial sostenía con su primo. Isaac bramaba de rabia y quería penetrar á viva

fuerza en la tienda: pero la bayoneta del centinela y las órdenes del jefe le detenían. Las lágrimas de Simi conmovieron á aquellos bravos soldados, caballeros á fuer de españoles, y como caballeros, protectores de la mujer y la niña, y más de cuatro lágrimas brotaron también de los ojos de aquellos valientes, que acababan de derrotar al gran capitán del siglo, al orgulloso Napeleón. Ante la enérgica actitud de la guardia española, Isaac tuvo que retirarse despechado, no sin gritar con todas sus fuerzas:

—Por el Dios de Jacob te juro, infame y traidora, que pagarás cara tu apostasía!

Conducida Simi ante el Vicario de San Roque, Dios permitió que en el alma del buen sacerdote se suscitasen horribles dudas. Al ver á Simi joven, bonita y engalanada, al reflexionar sobre lo extraordinario, y á su parecer, disparatado de aquella resolución, temió que no el deseo de ser cristiana, sino móviles de otro género traían allí á aquella jóven, á quien consideró como víctima de algún extravío

amoroso. Estos temores aumentaron al oír la ingenua confesión de Simi acerca de su huida y de la persecución de su primo: el buen Vicario, que creía penetrar



muy hondo en el corazón de los hombres, se obstinó en que se trataba de una loca aventura amorosa, y se negó resueltamente á acoger bajo su responsabilidad á la pobre doncella. ¡Dios nos libre de tener razón contra un hombre que se precie de

muchacho y de conocedor de los hombres: porque tan aferrados suelen ser en su opinión cuando van equivocados como cuando aciertan, y no hay medio humano de hacerles ver lo contrario! Deshecha en lágrimas salió Simi de la casa del Vicario de San Roque. ¿Qué iba á ser de ella? Sola en tierra ajena donde á nadie conocía, ¿cómo iba á mantenerse el tiempo que en ella permaneciese? ¿Cuál sería su suerte si se veía obligada á volver á casa de su padre? ¿Y cómo lograr después la dicha de ser cristiana, que tanto había deseado? Así pensaba la pobre niña mientras bajaba la escalera donde la esperaban los soldados que la habían traído, y por cuyas mejillas rodaron algunas lágrimas al conocer el motivo de su pena.

—¿Y qué hacemos ahora de esta infeliz?—preguntaban.

—Habrá que volverla á Gibraltar,—respondió uno.

—¡Oh—exclamó Simi, mi padre me matará.

Hubo un momento de angustioso silencio.

—Oid,—dijo Simi como si percibiera un rayo de esperanza:—¿No habrá por ahí quien por amor de la Virgen me bautice? Entonces no tendría inconveniente en volver á la casa de mi padre: entonces nada me importaría morir!

—Ven, niña, ven: serás desde hoy hija mía,—clamó á sus espaldas una voz áspera y temblona; pero con dulce inflexión.

—¡D. Baldomero!...—exclamaron los soldados admirados al ver á un pobre anciano que se adelantaba hacia Simi,—Dios le pagará esa buena obra!...

Turbada la niña con la agria contestación del Vicario, no había hecho caudal de un anciano que envuelto en un raído levitón, con un gorro negro puntiagudo en la cabeza, por debajo del cual asomaban algunos mechones canos, con una pluma en la oreja y un cigarrillo casi oculto entre los sumidos labios, y clavando en ella con interés dos ojos pequeños, pero brillantes, por encima de unos enormes



anteojos acaballados en la punta de la nariz, había escuchado toda la conversación. Al ver á Simi partir desconsolada, aquel hombre se volvió al vicario y le dijo:

—¿Y si fuese verdad, Sr. Vicario?

—¡D. Baldomero!—exclamó éste sorprendido;—veo que á pesar de sus años no tiene V. pizca de mundo.

—Pero señor, ¿no ve V. cómo llora?

—D. Baldomero, D. Baldomero!... En cojera de perro y llanto de mujer, no hay que creer.

—¡Caracoles! No estoy conforme, por lo menos en lo que se refiere al llanto de mujer. Eso no es más que un decir.

—Eso es un refrán, que son evangelios chiquitos.

—Y también mentiras como lomas.

—Como V. quiera, D. Baldomero; pero no me quitará V. del magín que aquí hay gato encerrado. Una muchacha joven y bonita y... ¡le digo á V. que no es oro todo lo que reluce!

—Pues yo, con permiso de V., he de ir á verlo por mí mismo,—añadió D. Baldomero descabalgando sus anteojos, dejando

la pluma después de frotársela en la manga y poniéndose su capa y sombrero cuyo pelo denotaba luengos años de servicio. El Vicario se encogió de hombros, y el anciano bajó la escalera y llegó á tiempo en que oyó las últimas palabras de Simi, que le conmovieron profundamente.

—Sí,—añadió con entusiasmo;—pobre soy y tengo ocho hijos que se mantienen todos con el trabajo de estos pulgares; pero donde comemos nueve comerán diez, que Dios para todos da... Con suponer que vive mi difunta, justa la cuenta... Sólo siento que siendo tú de casa rica no encontrarás en la mía comodidades á que estás acostumbrada; pero corazón y cariño... eso sí, caracoles!

—¡La Virgen se lo pague á V.!—exclamó Simi llorando de gratitud.

Era D. Baldomero, notario público de San Roque, hombre de tan escasos recursos como hermosos sentimientos; uno de esos españoles montados á la antigua de que ya van escaseando los ejemplares; pero que aún abundaban en los primeros años de este siglo. Debajo de aquel exterior

ridículo se escondía un corazón de oro, y á pesar de su gesto gruñón y avinagrado, era un pobre hombre incapaz de hacer daño á una mosca. Su profesión, que ejercía con honradez intachable, le hubiera dado lo suficiente para vivir con holgura, á no haberle Dios concedido tal abundancia de hijos, que el pobre viejo tenía que andar como un azacán para sustentarlos, particularmente desde que quedó viudo. Y á pesar de todo, no dudó en acoger á Simi y recibirla como verdadera hija, dispensándole cariño verdaderamente paternal y compartiendo con ella el pedazo de pan que trabajosamente ganaba. Lo primero que hizo D. Baldomero fué avisar al señor Obispo de Cádiz y pedirle consejo, resuelto á tener entre tanto á Simi en su casa. Cada día iba tomando más cariño á la pobre niña, y al encontrarse con el Vicario, siempre le decía:

—Le aseguro á V., caracoles, que es una santa.

—Pche!... veremos. La verdad es que me alegro que la haya V. recogido, y confieso que estuve aquel día demasiado



riguroso. Ya ve V.: hay días en que se levanta uno de mal humor, y rompe con el primero que encuentra.

Una mañana llamó á la puerta, embozado hasta los ojos y derribado hasta el embozo el sombrero de tres picos, un misterioso personaje. Simi que le había visto venir calle arriba, se estremeció de pavor, y avisó rápidamente al notario.

—¡Por Dios, D. Baldomero: que está ahí mi primo!

—¡Caracoles!— exclamó D. Baldo-

mero abriendo un pequeño gabinete, donde entró Simi cerrando por dentro con llave. Sobre una mesita había una pequeña estatua de yeso que representaba á la Virgen de los Dolores. Arrojóse Simi de rodillas á sus piés y empezó á orar con fervor,



porque preveía que iba á tener que sostener una lucha horrible, y necesitaba pensar mucho en los dolores de María para no sucumbir. Pocos instantes llevaba en esta actitud cuando oyó pasar por enfrente del gabinete á su primo, cuyos recios y acompasados pasos hacían temblar el débil pavimento de tabla de la casa del notario. En seguida oyó la voz de Isaac, que preguntaba:

—¿El Sr. D. Baldomero de?...

—Servidor de V., caballero.

—Muy señor mío,—añadió Isaac en buen español, aunque con acento extranjero.

—¿Á quién tengo el honor de?...—preguntó tímidamente el notario.

—Pronto lo sabrá V. Tengo que tratar con V. un asunto grave.

Simi, desde su gabinete, que caía en frente de la salita del notario, cuyas dos puertas separaba sólo un estrecho pasillo, oía toda la conversación. Su primo, con voz que quería ser insinuante y tierna, pero que temblaba y dejaba escapar bramidos de rabia mal contenida, refería los

accidentes de la fuga de la niña, que el notario escuchaba con misterioso silencio.

—Pues bien,—concluyó Isaac con voz más ronca:—sé que tiene V. á mi prima en su casa, y es preciso me la entregue.

—Perdone V., señor; pero eso me es imposible.

¡Imposible!... ¿Y por qué?... Vengo en nombre de su padre, y el derecho de un padre es superior á todos.

—Menos á los derechos de Dios.

—He hecho al entrar aquí bastante acopio de serenidad para no entrar en cuestiones religiosas, y no he de ventilar eso que V. llama derechos de Dios. Pero V. es padre, y puede comprender el horrible martirio que experimentará el alma del de Simi con la traición de su hija... ¡Oh!... le ha de costar la vida!... Si V. le viera pálido, triste, desconsolado; si V. le hubiera visto tres dias enteros clavado en la escalera sin moverse de allí, sin querer comer, llamando constantemente á su hija, ya con frases de cariño, ya con gritos de furor... V., que es padre, D. Baldomero, V. que tiene buen

corazón, no hubiera resistido á las lágrimas de aquel hombre!

La niña, al oír este relato, se abrazó más estrechamente á la imagen de la Virgen, porque sintió que el corazón se le desgarraba de pena, que sus fuerzas desfallecían, y que un grito pugnaba por escaparse de sus labios:

—¡Virgen de los Dolores!—decía,—ayúdame; que esto es horrible; que esta cruz es demasiado pesada para mí!

Y llorando con abundantes lágrimas, besaba á la imagen y la oprimía sin cesar contra sus labios como si de esa manera tratase de ahogar el grito que apenas podía reprimir. Y su primo seguía con un encarnizamiento terrible relatando las angustias de Jacob, y cada nuevo pormenor era una dolorosísima espina que se clavaba en el alma de Simi, y su dolor iba subiendo, subiendo como las aguas del mar en la marea, y ya sentía que no podía luchar más y se quejaba dulcemente á la Virgen porque la abandonaba en tan acerba tortura, cuando la conversacion de Isaac y el notario tomó de pronto otro giro. Isaac había visto rodar

dos lágrimas por el rostro del anciano, que le oía silencioso, y como último argumento para vencer su resistencia, sacó una bolsa que abrió á la vista de D. Baldomero. El notario se estremeció: aquello era oro puro, é Isaac se complacía en contarlo, haciéndole producir el sonido metálico que crispaba los nervios del buen viejo.

—Todo este oro,—añadía,—es de V. si me entrega á mi prima.

El pobre notario sintió mareos en la cabeza. Aquel padre desolado que llamaba á su hija le había conmovido profundamente. Y luego... ¡caracoles!.. aquel oro constituía un capital; y él era padre y tenía muchos hijos... Era, en realidad, una tentación capaz de derribar al más valiente. Pero D. Baldomero era honrado y era caballero, y su vacilacion fué solo obra de un instante. Sintió inmediatamente su dignidad herida, sonrojóse de vergüenza de haber siquiera dudado, y la compasión con que escuchaba las congojas del padre de Simi, se trocó en desprecio hacia el hombre que tenía el valor de proponerle una bajeza. ¡Á él! Al probo y honradísimo

D. Baldomero, que tan por lo serio había tomado siempre el *nihil prius fide*, lema de su profesion; á él que por no haber querido jamás estampar su firma para justificar el más leve abuso, se veía reducido á su pobre condición... ¡Á él, caracoles!.. La sangre se le subió á la cabeza, y con esa energía que hasta en las almas débiles imprime un sentimiento de dignidad, se levantó exclamando:

—¡Caballero!.. ¿Por quién me toma V.?

—Por un pobre que á trueque de un favor que nada le costará, mejor dicho, haciendo pura justicia, puede mejorar de suerte.

—¡Un pobre!.. sí!.. pobre; pero honrado y decente, caballero!.. Sepa V. que no soy judío; que tengo la honra de ser católico, apostólico, romano... Sepa que para un cristiano es una villanía lo que me propone V., y que no he de vender yo á Cristo por treinta dineros ni por treinta millones.

—¿Es resolución irrevocable?

—Absolutamente irrevocable!

—Miradlo bien!—exclamó el judío echando fuego por los ojos y volviendo á hacer sonar el dinero.

—Guarde V. esa bolsa, que sólo con hacérmela ver me ofende. He dicho cuanto tenía que decir, y si no se le ofrece á V. otra cosa...

—Pues bien;—respondió ya gritando de furor el judío:—yo he venido aquí resuelto á llevar á Simi por buenas ó por malas. O inmediatamente me la entrega, ó muere V. aquí mismo!

Y al decir esto apuntaba al anciano con una pistola que acababa de amartillar. El pobre viejo, á quien sacó de quicio el ruido de la pistola al amartillarla, apenas tuvo tiempo más que para dar un paso atrás; pues á la espalda oyó un grito de mujer agudo, desgarrador. Anciano y joven quedaron como helados. Isaac dejó de apuntar á D. Baldomero y se arrojó á la puerta del gabinete, en la que empujó con todas sus fuerzas. La puerta crujió; pero no cedió, é Isaac volvió á apuntar con la pistola al notario diciendo:

—¡Abra V. ó le mato!..

Al mismo tiempo se oyeron pasos precipitados, y las hijas de D. Baldomero que gritaban:

—¡Socorro!.. que matan á mi padre!..

La reflexión volvió á la acalorada mente del judío, comprendió lo comprometido de su situación, y en menos tiempo que tarda en decirse, guardó su pistola, se embozó hasta las cejas, derribó sobre el embozo el sombrero de tres picos, y desapareció. Poco después invadían la casa los vecinos preguntando lo que ocurría, y tan asustado se hallaba el pobre anciano, que ni sabía qué contestar.

La puerta del gabinete continuaba cerrada. Llamaron á ella repetidas veces y nadie contestó. Ya habían traído una palanca con objeto de derribarla, cuando D. Baldomero que escuchaba á la cerradura, creyó percibir un débil suspiro.

—Simi!—gritó al agujero de la llave.

Después de un instante de silencio, se oyó girar la llave y la puerta se abrió. Simi estaba allí, pálida como una difunta, extremadamente abiertos sus dos negrísimos ojos, sin poder articular palabra.

—¡Ah!—exclamó al fin cayendo en los brazos de D. Baldomero;—no le ha matado! ¡Gracias, Virgen de los Dolores!



Simi había oído amartillar la pistola y había escuchado la amenaza de Isaac, y tal horror le causó, que cayó desmayada al pie de la estatuita de la Virgen de los Dolores. Desde aquel día, cada vez que se ofrecía á su memoria la terrible escena, una crisis nerviosa la ponía á las puertas de la muerte. Su salud se fué debilitando, y sus frescas mejillas trocaban su color de rosa por el color de azucena. ¡Cuánto padecía la pobre niña!

Sólo el cariño verdaderamente paternal del pobre notario y la solicitud de hermanas con que sus hijas la asistían eran capaces de mitigar las amarguras de la infeliz Simi. En los dos meses que vivió en casa de D. Baldomero logró restablecerse y consolarse con la esperanza de su próximo bautismo, dicha que con tan vivo ardor había deseado. Con heroica constancia había sostenido el anciano un verdadero combate: cartas y emisarios de Jacob Coens llegábanle cada día, ora con cuantiosas ofertas, ó ya con terribles amenazas, y aquel hombre pobre y débil había tenido abnegación para rechazar las primeras y

valor para arrostrar las segundas. Pero comprendió que aquella situación violenta para él y para Simi no podía prolongarse mucho, y exponiendo al Obispo cuanto pasaba, le pidió pusiese urgente remedio. La resolución del Obispo fué que Simi pasase á Medinasidonia, y recogida en el Convento de Agustinas de S. Cristóbal, se preparase con la instrucción que le faltaba para recibir el bautismo. Simi se despidió llorando de aquella buena familia en quien había encontrado el padre y los hermanos que le faltaban. En Medinasidonia, bajo la dirección de aquellas buenas hijas de San Agustín, en quienes pronto halló hermanas cariñosísimas, perfeccionó su instrucción religiosa, y luego estuvo dispuesta para recibir el lavatorio sagrado.

Entre tanto, la noticia de la conversión de la judía corrió por todo el país excitando el interés y la curiosidad. Las buenas gentes de Medinasidonia se disputaban la honra de conocerla y obsequiarla, y los más encopetados caballeros y las más ilustres damas se consideraban felices el día que lograban tenerla de convidada. Su

hermosura, su modestia, su clara inteligencia y dulces sentimientos le habían captado universales simpatías, y el pueblo entero de Medinasidonia se hubiera levantado en globo para defender á la pobre doncella contra cualquier conato de atropello de sus parientes.

El primero de Junio de aquel año, fiesta de la Santísima Trinidad, la población de Medinasidonia ofrecía un aspecto de inusitada animación. Aquel día iba á celebrarse el bautismo de la judía, al que el Sr. Obispo había querido dar extraordinaria solemnidad administrándosele él mismo en persona. Desde el convento de San Cristóbal hasta la parroquia de Santa María, todas las casas ostentaban colgaduras, y la gente se agolpaba, y los niños saltaban y corrían, y en todos los semblantes brillaba el regocijo. A la puerta del Convento apareció por fin á los ojos de la multitud ansiosa la blanca figura de Simi. El pueblo lanzó un viva estentóreo al contemplarla. Vestida toda de blanco, suelta y tendida á la espalda su brillante cabellera negra que casi tocaba al suelo, ceñida la frente con

primorosa guirnalda de flores, realizaba su natural hermosura por la profunda emoción que se reflejaba en sus mejillas encarnadas y en sus párpados humedecidos de

lágrimas, estaba Simi tan hermosa, que semejaba más bien una figura celestial que humana. Escoltada por todo el señorío de la población y numerosa comitiva entre la que se distinguía, orondo y lleno de júbilo, y algo menos bisunto y raído

de traje que lo ordinario, el buen don Baldomero, que había querido también

echar una cana al aire; recorrió Simi el camino entre dos muros de carne humana, acompañada de las bendiciones del



pueblo, que lloraba de alegría. A la mitad del camino una mujer rompió violentamente las filas y se precipitó llorando á los brazos de Simi, que la abrazó con todo su corazón al conocer á Dolores.

—¡Dolores!... hoy es el día más dichoso de mi vida!—exclamó Simi.

—¡Y de la mía también!—Contestó entusiasmada la doncella.

Y el pueblo, entre el cual corrió de boca en boca la explicación del incidente, prorrumpió en aclamaciones á las dos jóvenes.

La ceremonia se celebró en el templo de Sta. María con los conmovedores ritos que la Iglesia emplea en el bautismo de los adultos. El mismo Sr. Obispo derramó en la frente de Simi el agua regeneradora, y le puso el nombre de María de los Dolores, que ella escogió por su devoción á los de la Virgen. Al recibir después de manos del Prelado el cuerpo de Jesucristo, la hermosa niña quedó sumergida en un verdadero éxtasis de amor, y lloró de felicidad tantas lágrimas como las que tenía derramadas de pena: ¡ella que tantas había llorado!

Un año despues, el 13 de Junio de 1818, el mismo Sr. Obispo vestía á Simi solememente el hábito de las hijas de S. Agustín en el Convento de Agustinas descalzas de Medinasidonia. Aunque agradecidísima á las Agustinas calzadas de S. Cristóbal de la misma ciudad, que habían terminado su educación cristiana, el deseo de mayor austeridad le hizo preferir á las descalzas; pero quería ser Agustina desde que supo que también S. Agustín se había convertido. Su consagración á Dios ofreció al pueblo sidoniense nueva ocasión de hacer gala del cariño que profesaba á María de los Dolores: lo más florido de la nobleza, con el Corregidor al frente, se encargó de pedir de puerta en puerta limosna para el dote, y no hubo vecino, por pobre que fuese, que no contribuyera con su óbolo. En un solo día la cuestación no sólo arrojó lo suficiente para el dote de Simi, sino que con el resto pudo también acompañarla la buena Dolores, que entró como lega en la misma Comunidad. ¡Desde entonces eran verdaderamente hermanas!





VIII.



En las primeras horas de la mañana del 8 de Enero de 1887, una mujer del pueblo cruzaba rápidamente las solitarias calles de

Medinasidonia. Á pesar de lo benigno del clima de Andalucía, una madrugada de Enero no tiene nada de apacible, por lo cual no es de extrañar que nuestra desconocida caminase cuidadosamente envuelta en su peludo mantón. Esta circunstancia no permitía adivinar en su rostro el móvil que la llevaba á recorrer las calles en tan desusadas horas; pero la rapidez de sus pasos, los movimientos nerviosos con que se ajustaba á cada paso el mantón, aquel apresurarse impensadamente como si una nueva reflexión la aguijase, indicaban bien claro que algún inquieto pensamiento la atormentaba. Sin cruzar una palabra con los escasos transeuntes que halló á su paso, llegó á la Iglesia de las Agustinas Descalzas, cuya puerta encontró abierta, y entró apresuradamente en ella. Entonces dejó caer el mantón para tomar agua bendita. Era una joven morena, con uno de esos expresivos rostros característicos de la mujer española, y muy especialmente de la andaluza, en cuyos negros y grandes ojos se pintan con tanta viveza los sentimientos que agitan el



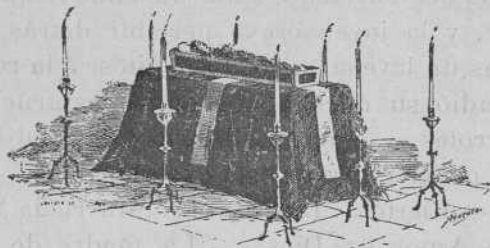
corazón. Los ojos de aquella joven expresaban ansiedad inmensa, bien señalada además en la contracción del rostro y en los labios ligeramente entreabiertos.

Al tomar agua bendita extendió la vista y prestó atento oído. El templo estaba desierto y reinaba en él esa oscuridad misteriosa que tanta sublimidad imprime á las iglesias católicas. Sólo allá, de entre las rejas del coro bajo, salía un tenue resplandor, y la joven creyó percibir detrás de ellas un leve suspiro. Precipitóse á la reja, hundió su mirada por entre los gruesos barrotes, y asida á ellos, cayó de rodillas sin poder reprimir esta exclamación:

—¡Cierto!... Dios mío!... ¡Muerta la Madre Amor de Dios!... ¡La madre de mi alma!...

En efecto, en el centro del coro, rodeado de blandones que despedían mortecino resplandor, y cubierto de negros paños, se alzaba un ataúd en el que descansaba el cadáver de una monja. En el coro reinaba lúgubre silencio, turbado solamente por el chisporroteo de los blandones, y por susurros de oraciones y suspiros

ahogados que sonaban dentro. El triste aparato formaba extraordinario contraste con el aspecto del cadáver que ocupaba el ataúd. Sobre el oscuro fondo de los paños y el severo y grave hábito negro de la orden Agustiniana, destacaba el rostro de la monja, hermoso á pesar de los años que manifestaba tener, tranquilo y sereno, sin contracciones violentas, como sumido en



apacible sueño, suavemente dilatados los labios por amable sonrisa y con un color de cera blanca, sin la amarillez cadavérica, que le asemejaba al de una estatua yacente de los sepulcros marmóreos de las catedrales góticas. Parecía que el lúgubre aparato estaba puesto de intento para que resaltase más la hermosa figura de aquel

singular cadáver sonriente y coronado de flores. No había más que mirar aquel rostro para comprender que expresaba la muerte del justo, esa muerte que si se llora, no es con el llanto que se consagra á los demás muertos.

Aquellos suspiros que sonaban en lo más retirado del coro eran el tributo de la debilidad humana, no el de la penosa incertidumbre: las pobres religiosas lloraban, no por su dulce compañera, sino por ellas mismas que acababan de perder á su buena hermana, á su cariñosa madre, á su verdadero paño de lágrimas. ¡Era tan buena, tan indulgente, tan caritativa, y en una palabra, tan santa la Madre Amor de Dios!

¿Y á qué eran debidas esotras lágrimas de la joven desconocida? Á que la Madre Amor de Dios no se había limitado á ser el ángel de paz y de consuelo en la religiosa comunidad; sino que su caridad inagotable se había extendido á todos, y no había en toda la ciudad de Medinasidonia pobre, desvalido, enfermo ó por cualquier concepto desgraciado, que no le debiese favores y

consuelos y no la amase como verdadera madre. María, que tal era el nombre de la joven, era hija de una pobre anciana viuda y paralítica á quien sustentaba penosamente con el trabajo de la aguja. Desde que muy niña perdió á su padre, todos los días iba al Convento de las Agustinas Descalzas, donde la Madre Amor de Dios ejercía el cargo de tornera, y aquella santa religiosa, no sólo le proporcionaba el alimento para ella y su pobre madre, sino que fué su verdadera maestra, tanto en las enseñanzas morales y religiosas, cuanto en las labores de su sexo. Ella le enseñó la doctrina cristiana, á leer y escribir y á coser y bordar con perfección, para que cuando tuviese edad pudiese ganar de comer para sí y para su madre. Cuando la halló suficientemente instruida, la Madre Amor de Dios acudió á las señoras de más viso de la ciudad en demanda de trabajo para la pobre huérfana, y así logró que nunca le faltase el bocado de pan para ella y la viejecita paralítica.

Tanta bondad y tantos beneficios habían producido en el alma de María inmenso

cariño y gratitud á la buena religiosa, á quien se había acostumbrado desde niña á considerar como su segunda madre. Hacía ya algun tiempo que no la veía con tanta frecuencia, porque á causa de su avanzada edad no podía desempeñar el cargo de tornera ni aun bajar al torno por su pie. Pero ningún día dejaba la joven de pasar al convento á preguntar por su buena madre, y allí sabía que también la religiosa preguntaba por ella, y frecuentemente se encontraba con algún cariñoso recuerdo suyo: una medalla, un escapulario, una estampita á cuya vuelta había escrito una oración ó un buen consejo. La misma privación era causa de que gozase mucho más las pocas veces que podía verla en el torno, llevada por las hermanas en una silla de brazos. Al fin hasta este consuelo le faltó: la Madre Amor de Dios cayó gravemente enferma de una afección al corazón que con leves intervalos la atormentó casi un año entero. María no dejó durante el año un solo día de ir al convento, preguntar por el estado de la buena Madre y orar por ella en la Iglesia.

La mañana á que se refiere mi relato, María salió de su casa fuertemente impresionada por un extraordinario suceso. Dormía tranquilamente la noche anterior, cuando se oyó llamar por su nombre y despertó sobresaltada. Á su mirada atónita se ofreció entonces un vivísimo resplandor, y como nadando en él y entre vellones de nubes de nácar y de oro, coros de ángeles que volaban al cielo llevando una mujer, una religiosa Agustina, como lo indicaban su hábito negro y su correa. Del rostro de la religiosa, rodeado de bellísimas flores, brotaban rayos de luz tan intensos, que los ojos de la joven ofuscados, apenas pudieron conocerla, pues se vió precisada á cerrarlos. Entonces oyó una voz suavísima, una voz conocida; pero modificada por inflexiones que sonaban á cosa del cielo, la cual le dijo:

—Adiós, María, que me voy á la gloria!  
—¡Madre Amor de Dios!... ¡Madre mía!  
—gritó María incorporándose y tendiendo los brazos hacia la hermosa visión.

Pero ésta había desaparecido, y en la modesta habitación reinaba completa

oscuridad y silencio. La pobre paralítica que oyó la exclamación de su hija, le preguntó con ansiedad por la causa.

—¡Nuestra madre, la Madre Amor de Dios ha muerto!—respondió María inundada de lágrimas.

La pobre viejecita, no menos llorosa que su hija, trató de convencerla de que sería un sueño; pero la joven respondía con invencible convicción:

—No, no: la he visto y me ha dicho que se iba al cielo... ¡Era ella, era ella!...

El resto de la noche, ni hija ni madre pudieron sosegar. Apenas comenzó á amanecer, se levantó María y echó á andar por aquellas calles con dirección al Convento para salir de la cruel incertidumbre, pues á pesar de su íntima convicción, aún alimentaba alguna esperanza sostenida por las palabras de la paralítica. Allí ante el cadáver de la que había sido su madre, adquirió la plena certidumbre de su presentimiento, y lloró y rezó, y se encomendó á aquella madre cariñosa para que desde el cielo la siguiera amparando. Cuando las primeras impresiones dejaron lugar á la

reflexión, María, juntando sus lágrimas con las de las inconsolables religiosas, les contó su visión de aquella noche, que aquellas almas inocentes escucharon admiradas, y al preguntarles los pormenores de la muerte de la Madre Amor de Dios, supo que había expirado santamente á las dos de la madrugada. ¡Era exactamente la hora en que la había visto María subir al cielo!

Poco después corría la noticia rápidamente por la ciudad, y la iglesia de las Agustinas descalzas se llenaba de gente, de mujeres llorosas y ancianos tristes y meditabundos, que se agolpaban á las rejas del coro y contemplaban el cadáver entre sollozos y lágrimas. ¡Había entre ellos tantos que le debían socorros, consuelos ó enseñanzas! ¡Eran tantos los ejemplares en que se repetía la historia de la pobre María! Pero ante aquel cadáver sereno y sonriente, cuyo rostro conservaba perfectamente notables restos de una espléndida belleza, realzada por algo misterioso, por un no sé qué dulce y plácido que inspiraba á la vez veneración y cariño, las lágrimas que arrancaba el



agradecimiento cedían pronto el lugar á lágrimas de otro género. Todos sentían impulsos desconocidos de encomendarle sus penas y sus necesidades: porque esa fe que por fortuna conserva aún tan viva el pueblo español, les decía que aquel no era simplemente un mudo cadáver, que detrás de él estaba aquella alma hermosa que fué madre para todos, y que desde el cielo les escuchaba mejor aún que mientras peregrinó en la tierra.

La Venerable Hermandad de San Pedro dedicó solemnísimas honras á la Madre Amor de Dios, á las que asistió conmovida toda la ciudad. Los nietos de aquellos buenos sidonienses que con tanto entusiasmo celebraron el bautismo de Simi, le dedicaron el último tributo del cariño que heredaron de sus padres asistiendo en globo á su solemne entierro. Porque en efecto, la religiosa á quien el pueblo de Medinasidonia conocía con el nombre de Madre Amor de Dios, no era otra que nuestra Simi, que al nombre de María de los Dolores recibido en el bautismo, añadió en la profesión religiosa, hecha con

solemnidad extraordinaria el 21 de Julio de 1819, el sobrenombre *del Amor de Dios*.

Su vida en el claustro fué un continuo ejercicio de todas las virtudes. Suave, cariñosa y simpática, fué toda su vida el objeto de la predilección de sus hermanas, á quienes entrañablemente quería, y entre las cuales era el verdadero ángel de paz y el paño de todas las lágrimas. Austerísima hasta el heroísmo para consigo misma, como lo demostraban sus continuos ayunos y ásperas penitencias, era, sin embargo, benigna é indulgente para los demás, sin que jamás sus labios pronunciaran una palabra dura, ni se abrieran más que para dirigir dulces sonrisas, sanos consejos ó tiernas bendiciones. Santa Teresa de Jesús, de quien era devotísima, fué su constante modelo, y llegó á adquirir, junto con su espíritu de mortificación y su intenso amor á Dios, aquel otro espíritu expansivo y amable que hace á Santa Teresa la más simpática y la más genuinamente española de cuantas gozan en las moradas celestiales. La Madre Amor de Dios fué también favorecida por Dios en

los transportes de su oración altísima, con sobrenaturales favores que ella ocultó cuidadosamente toda su vida; pero algunos de los cuales no pudieron dejar de traslucirse á sus hermanas. De orden de uno de sus confesores había escrito algo acerca de aquellos favores celestiales; mas al expirar el confesor se creyó exenta de aquel mandato y quemó todos sus papeles.

La caridad que en alto grado ejercía en el trato con sus hermanas fué también su virtud dominante en el trato con las gentes, á que se veía obligada por el cargo de tornera que ejerció veinte años. De ello he presentado una muestra en la historia de la pobre María, é historias como esa son muchas las que se recuerdan en Medina-sidonia. «Su caridad,—dice una relación que tenemos á la vista,—era tan extensa, que acogía á toda criatura: al pobre, al rico, al niño, al anciano, al alegre, al afligido; para todos, en una palabra, tenía siempre una limosna, un consuelo, un recuerdo ó una oración.» Durante la tristísima época revolucionaria, en que fueron inicualemente usurpadas las rentas de

las Comunidades religiosas, la de Agustinas descalzas de Medinasidonia padeció graves apuros; pero el varonil aliento y la fe incontrastable de la Madre Amor de Dios, fueron su verdadera providencia, y no sólo alcanzó recursos con que sostener á sus hermanas, sino que no disminuyó ni una sola de sus ordinarias limosnas. ¡Si los pobres que recibían el pedazo de pan de sus manos hubieran sabido las privaciones que aquella caridad costaba á la Madre Amor de Dios! Si hubiesen sabido que en ocasiones en que bien lo necesitaba se quitó de los labios el pedazo de pan para entregarlo al pobre! Cuando la edad le impidió continuar en el cargo, no pudiendo socorrer á sus queridos pobres, su caridad ingeniosa adoptó el medio de hacerse llevar en sillón ante Jesús Sacramentado, y allí rezaba diariamente un rosario entero *para que Dios moviera los corazones de los ricos*. No contenta con esto, recomendaba á la tornera el ejercicio de la caridad, y le pedía con vivo interés minuciosa relación del estado de sus pobres y sus enfermos con preferencia á los mejores amigos y

parientes de la Comunidad, porque, según ella decía, los pobres y los enfermos eran más acreedores á tal interés por representar más directamente al divino Redentor.

Una espina tuvo constantemente clavada en el corazón aquella alma tan hermosa: la suerte eterna de su familia á quien tan de veras amaba. Con ásperas penitencias y lágrimas ardientes pedía á Dios le concediese la conversión de su familia, de alguno de sus miembros siquiera. De su padre nada volvió á saber en muchos años, hasta que una vez tuvo noticia de que había muerto obstinado en su error y maldiciendo á su hija. La Madre Amor de Dios ofreció resignada al Señor el sacrificio de su dolor inmenso, adorando los profundos y misteriosos decretos de su inefable Providencia. Pero volvió á pedir encarecidamente á Jesús por la conversión de los suyos.

—¡Uno siquiera, Dios mío!—exclamaba llorando al pie del tabernáculo.

Y al hablar así pensaba en Daniel, en aquel hermanito á quien tanto amaba.

Unos arrieros á quienes había encargado ropas y efectos para labores, le trajeron

una vez noticia de Daniel, establecido en Gibraltar, donde tenía magnífico comercio, al cual precisamente habían ido á comprar sus efectos los arrieros. Hallaron tal parecido entre Daniel y sus hijos y la tornera de las Agustinas de Medina, que los buenos hombres, que conocían la historia de Simi, no pudieron reprimir la curiosidad, é hicieron al judío muchas preguntas. Daniel los escuchó conmovido, les habló cariñosamente de su hermana, cuyo confuso recuerdo era uno de los más dulces encantos de su vida de niño, y hacia la cual sentía oculta simpatía que le obligaba á defenderla siempre que en su familia se ultrajaba su memoria. Estas noticias colmaron de alegría el corazón de la buena Madre Amor de Dios. ¡Daniel, su querido Daniel era bueno y la amaba; era el único que no la maldecía!... Lloró de felicidad ante Jesús Sacramentado, é insistió en su petición de que viniese al buen camino siquiera una alma de las suyas.

Las noticias posteriores fueron aumentando su consuelo, hasta adquirir la grata persuasión de que su dulce hermano

profesaba ocultamente la religión cristiana. Dios no permitió que esta consoladora persuasión se convirtiese en plena certidumbre: poco después dejó de tener noticias de Daniel, por lo cual supuso que había muerto, y que el resto de su familia, que execraba la memoria de Simi, ni para comunicarle tal noticia quería relaciones con ella. Ofreció de nuevo á Dios su doloroso sacrificio, y siguió haciendo todos los días la misma petición.

Pasaron algunos años, y un día del de 1875 al 77 recibió la Madre Amor de Dios una carta de un caballero religiosísimo, amigo de la Comunidad, en que le incluía un recorte de un periódico. El periódico narraba con minuciosos pormenores la conversión y bautismo, recientemente celebrado en Roma, de una joven hebrea. La Madre Amor de Dios exhaló un grito de suprema felicidad, y con los ojos llenos de lágrimas exclamó:

—¡Gracias, Dios mío, que has escuchado mi oración!

La joven hebrea recién convertida en Roma era natural de Gibraltar, como la

Madre Amor de Dios; llamábase como ella, Simi, y llevaba exactamente su mismo apellido, Coens. ¡Era sobrina suya, hija de su dulce, de su querido Daniel! El periódico narraba toda la historia de la joven, á quien al morir había encargado su padre se hiciese cristiana, y se había visto al perderle obligada á luchar con la oposición de sus parientes. Era una historia parecida á la de la infancia de la Madre Amor de Dios, y como á ella, la Providencia se había valido de maravillosos medios para llamarla á sí. La buena religiosa no sabía cómo dar gracias á Dios: ¡con la noticia de la conversión de su sobrina venía confirmada la cristiana muerte de su querido Daniel!

Los últimos años de su vida se dedicó la Madre Amor de Dios, según decía, á prepararse á morir... ¡ella que nunca había hecho otra cosa! Como el peso de sus ochenta años no le permitía ir por su pie, rogaba á sus buenas hermanas la condujesen al Coro, donde hallaba sus complacencias en hablar con Jesús Sacramento, en saludar afectuosamente á la



Virgen de la Consolación, hermoso título con que venera á María la Orden Agustini-ana, y del cual, como el de los Dolores, era devotísima la fervorosa hija de San Agustín. Á fines de Marzo de 1886 un violento ataque al corazón puso á las puertas de la muerte á la santa religiosa. Sus hermanas la lloraron muerta, y ella se había dispuesto para el terrible trance; pero Dios quería aún purificarla más con el padecimiento. Casi un año entero estuvo la pobre anciana, horriblemente hinchada, padeciendo agudísimos dolores y frecuentes y violentísimos ataques al corazón, clavada en un sillón sin poder moverse, sin que sus labios exhalasen una queja ni desapareciese un punto la tranquila serenidad de su semblante ni la suave sonrisa de sus labios. Cuando al volver en sí de los ataques, en cada uno de los cuales se daba por muerta, veía á sus hermanas llorosas arrodilladas junto al sillón y rezando ante un crucifijo iluminado por dos velas, la pobre anciana las miraba como sorprendida de verse viva, y con dulce sonrisa y expresión de tierna contrariedad, les decía:

—¿Por qué me detenéis en este mundo, mis queridas hermanas?

El día 8 de Enero de 1887 fué, como antes he dicho, el destinado por Dios para llevar á su seno el alma de su humilde



sierva, purificada hasta el último quilate por el dolor. Confortada su alma con los Sacramentos de la Iglesia y rodeada de sus buenas hermanas que lloraban inconsolables, pasó tranquilamente su alma á los

brazos del Esposo, dejando el cuerpo sin violencia, con el rostro bañado de celestial expresión y animado todavía por aquella su natural hermosura y su constante sonrisa. Aquello era morir como mueren los santos. Pocas horas antes de expirar, preguntada por el confesor si quería volver á confesarse, contestó alzando los ojos al cielo:

—¡Bendito sea Dios, que puedo decir con verdad que no encuentro en el papel ninguna mancha!

Tal fué, en vida y en muerte, la Madre María de los Dolores del Amor de Dios, ó por otro nombre, Simi la Hebrea.

Hace poco más de dos años que dejó la tierra, y el pueblo de Medinasidonia y sus contornos invoca en todas sus tribulaciones con ardiente fe y ciega confianza el nombre tan querido de la Madre Amor de Dios, y las religiosas sus hermanas van á encomendar al Señor todas sus necesidades sobre el sepulcro de Simi.

---

Dos palabras para concluir. He escrito este relato por satisfacer un impulso del corazón, sólo para las almas creyentes; pero ¿quién ha de impedir que caiga en manos de algún desgraciado que no crea? Á los tales les arrancarán la sonrisa, tal vez la carcajada, algunos de los sucesos narrados. Á esa sonrisa ó carcajada nada tengo que responder: la incredulidad lleva en el mismo pecado la penitencia. Jesucristo dijo: *¡Bienaventurados los limpios de corazón!* Traducida esta sentencia al lenguaje contemporáneo, viene á decir: *¡Dichosos los que ni de nombre conocen la duda, dichosas las almas sencillas para quienes ni siquiera la crítica existe!*

Otros dirán que tantas luchas y una fuga en una niña para venir á parar en ser monja, no valían la pena, porque, en resolución, ¿qué es una monja? Un ente inútil en la sociedad.

¿Se escandalizan y se santiguan ustedes, venerables MM. y queridas hermanas á quienes dedico este relato, imitadoras de Simi y como ella inocentes y sencillas, se escandalizan de que haya quien tal piense?

Pues eso y mucho más se piensa, y lo que aún es peor, eso y mucho más se dice, y se escribe, y se imprime. Algo de esa hermosa y envidiable facilidad de escandalizarse tenía yo cuando, hace algunos años, en 1885, vino á mis manos cierto folleto en verso, que versaba sobre el manoseado asunto de una supuesta amante encerrada por fuerza en un convento, y donde leí este verso en que resumía su autor los *únicos* móviles que podían inducir á una mujer á encerrarse en el claustro:

Por luto ó por fuerza, por hambre ó por miedo.

Este verso me indignó todo él; pero la palabra *hambre* escrita en uno que quería pasar por poema, me causó más que indignación, una impresión indefinible que yo sólo sé comparar con el *asco*, una cosa así como la que se sentiría al ver posada una de esas negras, gruesas y nauseabundas arañas entre las hojas de una rosa. Arrojé el folleto de las manos: ¿á qué leer más? ¿podía ser verdadero poeta quien tenía el corazón tan estrecho? ¿podía ser poeta

quien tan ruin concebía el corazón humano, mucho más hermoso cuando es corazón de mujer?

A hombres tan positivistas les presento el ejemplo de Simi, testimonio fehaciente de que ni la electricidad ni el vapor han estrechado el poder divino, y de que en pleno siglo XIX puede haber y hay santos como en todos los siglos, y les pregunto: ¿entró en el claustro *por luto* una joven hermosa, en todo el esplendor de su juventud y de su belleza, y cuando todo en su derredor le sonreía? ¿Entró *por fuerza* la que á la necesidad de libertad cristiana tuvo que sacrificar con el amor paterno sus más caras afecciones? ¿Entró... *¡por hambre!*... la hija del más opulento israelita de Gibraltar? ¿Entró *por miedo* la que para conseguirlo tuvo que hacer el acto de valor más heroico que cabe en alma de mujer?

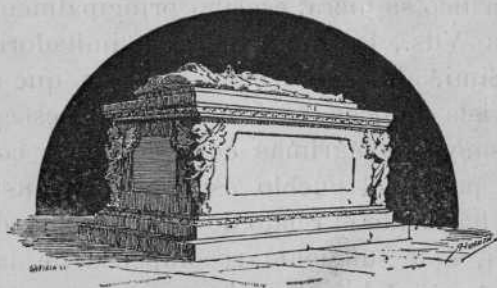
A los que todavía preguntan para qué sirven las monjas, les responderá todo el que tenga corazón de artista: sirven para que haya un poco de poesía entre tanta prosa como ha amontonado el siglo XIX.

Y el hombre pensador, aunque sea impío como Victor Hugo, responderá como él: sirven para que haya quien ore por los que no oran nunca. Y el hombre de fe y de corazón, añadirá: sirven para que haya en el mundo diez almas justas por cuyo amor no sepulte Dios en fuego del cielo á las modernas Sodomias.

La ciudad de Medinasidonia podrá atestiguar que aún sirven para algo más.

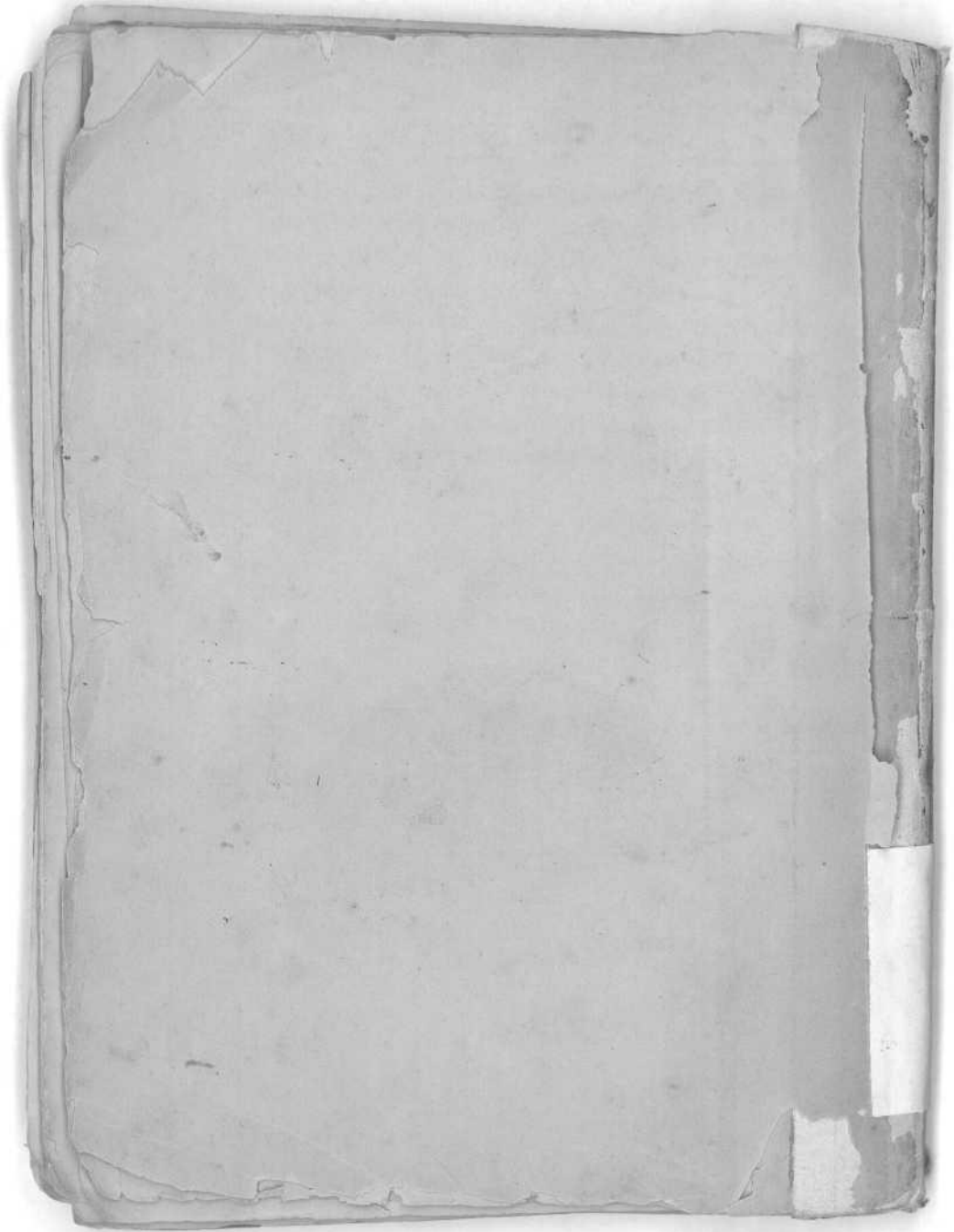
Por lo demás, repito que yo no escribo para quien es capaz de hacer esas preguntas. Escribo para el cristiano pueblo español, que tiene la dicha de no ser escéptico, ni crítico siquiera; escribo principalmente para Vds., las compañeras é imitadoras de Simi, almas inocentes y puras que ni de vista conocen la triste sonrisa del escepticismo. Las lágrimas con que Vds. y con que parte del pueblo español me consta que han leído el relato de las angustias de Simi, son suficiente recompensa de las que á mí me han costado: conservo cartas de pobres labriegos, escritas bajo la impresión de los primeros cuadros de este relato, cartas hermosas que aún lo son más á mis

ojos por sus desatinos gramaticales y su perversa ortografía, y que conservaré con más satisfacción que si fueran diplomas académicos. Pero aún me queda otra ambición, y es la de que ustedes, mis buenas hermanas Agustinas de Medinasidonia, testigos de las virtudes de aquella alma hermosísima, dediquen un *Padre nuestro* ante el sepulcro de Simi, al desgarrado narrador de su vida.









G 43889